

8630

GALERÍA DE J. MOLAS Y CASAS

y

LA PROPIEDAD INTELECTUAL

LOS PILLETES

MELODRAMA EN 5 ACTOS Y 12 CUADROS

Y EN PROSA, ORIGINAL DE

LUIS MILLÁ

y

LUIS SUÑER CASADEMUNT



BARCELONA

JUAN MOLAS Y CASAS

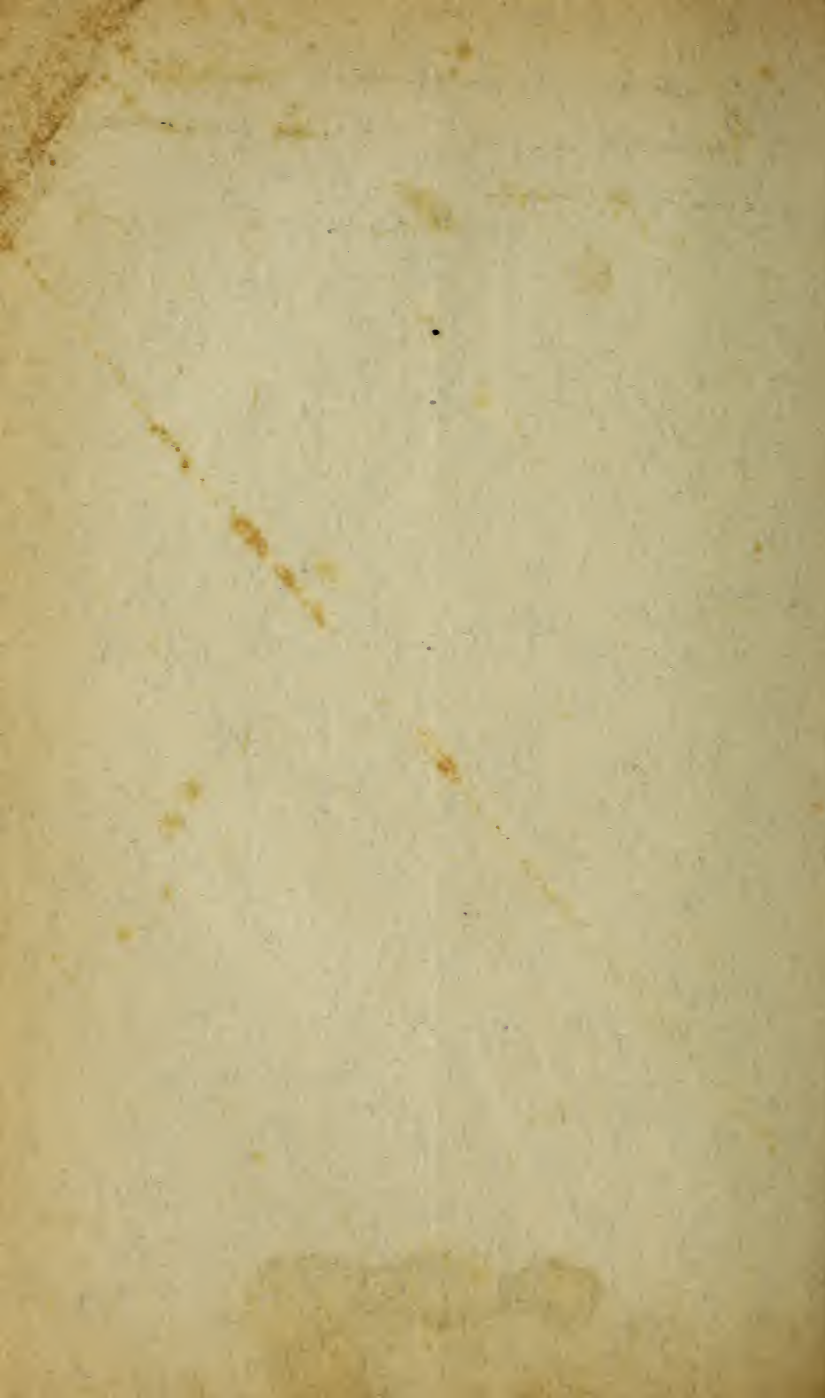
Hospital, 12 y 14, 2.º

MADRID

VIDAL, LLIMONA Y BOGETA

Serrano, 27 dup.º, Ent.º

1898



A mi amigo el doctor
Diego José González
Amoroso Bernabé
en atrio José María

LOS PILLETES

LOS PILLETES

MELODRAMA EN 5 ACTOS Y 12 CUADROS

Y EN PROSA, ORIGINAL DE

LUIS MILLÁ

Y

LUIS SUÑER CASADEMUNT

Estrenado en el TEATRO CIRCO ESPAÑOL (Barcelona,) en la noche del 23 de Abril de 1898,
y en el
TEATRO CIRCO COLON (Madrid,) en la noche del 13 de Agosto del mismo año.



BARCELONA
JUAN MOLAS Y CASAS
Hospital, 12 y 14, 2.º

MADRID
VIDAL, LLIMONA Y BOCETA
Serrano, 27 d.º p.º, Ent.º

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie sin su permiso podrá representarla ni reimprimirla en España ni en sus posesiones de Ultramar ni en los países con los cuales haya celebradas ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

En la región catalana la galería dramática de D. J. Molas y Casas es la encargada para el cobro de propiedad literaria y en el resto de España *La Propiedad Intelectual*, de los SRES. VIDAL, LLIMONA Y BOCETA.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

(EN BARCELONA)

(EN MADRID)

Garza	Sra. Delhom. . .	Sra. SALA.
Ernesto (hijo).. . .	» LLORENTE..	Srta. Bermejo.
Magdalena.. . . .	» Huertas.. .	» Calle.
Mostaza.	Srto. Ibarbia.. .	» Llano.
Pelón.	» Fernandez.	» Mas.
Sofía.	Sra. Martínez. .	» Obón.
Una criada.	» Marí. . . .	» X.
Tío Rufino.. . . .	Sr. Carnicero..	Sr. YAÑEZ.
Felix.	» PARREÑO. .	» Bassó.
Ernesto (padre).. .	» Llorente. .	» Obon.
Toñín.	» Muñoz.. .	» Leira.
El Doctor.	» Perelló.. .	» Varela.
D. Justo.	» Llibre. . .	» Fauste.
El Teniente de la G. C.	» Ferrandiz..	» Queipo.
Un viajero.. . . .	» Millá. . . .	» Cáceres.
Un niño.. . . .	Niño Muñoz.. .	Niña Salcedo.
Roque.	Sr. Gacio. . . .	Sr. Fernandez.
Corcho.	» Anibal.. .	» Moreno.
Empleado 1.º	» Masriera. .	» Marquez.
Empleado 2.º	» Fontanilla.	» Moreu.
El del despacho. . .	» Reñus. . . .	» More.
Un guardia.	» Ferrandiz..	» Rodriguez.
Vendedor 1.º	» Anibal.. .	» N.
Vendedor 2.º	» Pou.. . . .	» N.
Un criado.	» Ferran.. .	» N.
Guardaguas.	» Joaquín. .	» N.

Transeuntes, vendedores, viajeros, policía, guardia civil,
curiosos, pilletes, etc.

DIRECCIÓN ESCÉNICA

En Barcelona:

En Madrid:

D. FEDERICO G. PARREÑO.

D. VICENTE YAÑEZ.

Época actual.

DERECHA É IZQUIERDA DEL ACTOR

En Barcelona desde la 4.^a representación se encargó del papel de *Doctor* el Sr. Viñals.

Desde la 8.^a, del papel de *Tío Rufino*, el Sr. Marcet.

Desde la 14 de los papeles de *Ernesto*, (hijo) *Pelon*, *Felix*, *Ernesto* (padre) y *Doctor* la Sra. Tarés y Masriera y los señores Fages, Carnicero y Mora, respectivamente.

Mas tarde y en otros teatros han desempeñado distintos y principales papeles las Sras. Gonzalez, Vives, Sala, (Adelina) Morera, (J. M. y E.) Galcerán, Ferrer y Planas; y los Srs. Induráin, Valls, Martí, Guitart, Muns, Casals, Tressols Daroqui, etc.

En todos ellos reconocemos buen mérito artístico y rogamos no se ofendan por la colocación de sus nombres, pues el orden de los factores no altera el producto.

También rogamos á los directores de escena que mas que en el orden de reparto de estreno, figense para el reparto de papeles en las disposiciones artísticas de cada actriz ó actor para el conjunto total del carácter de los personajes, pues de este modo ganará mucho la obra y también la labor artística individual.

Estas apreciaciones de autor las dejamos al buen sentido de todo director de escena.

L. M. y L. S.

TÍTULOS DE LOS CUADROS

- 1 La cláusula testamentaria.
- 2 La academia del tío Rufino.
- 3 Los pilletes.
- 4 Los dos millones.
- 5 El billete de 100 pesetas.
- 6 ¡Pobre huérfano!
- 7 ¡Pobre madre!
- 8 Garza y Toñin.
- 9 ¡A Madrid!
- 10 El choque de trenes.
- 11 Despues de la catástrofe.
- 12 Los sótanos del Meson del Mareo.

La decoración del cuadro 10 que se estrenó en Barcelona es debida al pincel de los acreditados pintores escenógrafos señores MORAGAS Y ALARMA.

Arreglo del decorado, Sr. AYNAUD.

Melopea, del maestro M. FERRER.

Maquinaria, R. BLASI.

Carpintería, CASAÑAS.

Guardarropía, J. VIÑALS.

Pirotécnico, FATJÓ Y BRUGADAS.



PRÓLOGO

PERSONAJES DE ESTE ACTO

Magdalena. — Ernesto (padre.) — Felix. — Doctor. —
Criada.

CUADRO I

LA CLÁUSULA TESTAMENTARIA

Sala reducida, alfombrada y de gusto severo. Chimenea encendida en el fondo. Puerta en primer término derecha junto á un velador con papelera y otra en segundo izquierda.

ESCENA PRIMERA

ERNESTO con batín oscuro, en el sillón de la izquierda. DOCTOR á la derecha de Ernesto. FELIX en el respaldo del sillón.
CRIADA junto á la puerta lateral derecha.

ERN. Doctor, inútil es que trate usted de ocultarme lo que leo en sus ojos; mi enfermedad no tiene remedio. Lo sé: tengo plena conciencia de mi situación. De mi accidentada historia nos hallamos en el último capítulo, una hoja más y leeremos la palabra fin.

DOC. No hay que desesperar: la ciencia...

ERN. ¡La ciencia! hermosa teoría que la práctica destruye á las primeras lecciones.

DOC. Siempre incrédulo.

ERN. Incredulidad por la experiencia de la vida.

Una vida agitada, penosa, amarga, que de decepción en decepción, cual piedra desprendida, ha caído rodando desde la cúspide del monte de la ilusión, al profundo barranco de la realidad... Perdone usted Doctor, los enfermos del corazón, somos poéticos... sin poderlo remediar. (Con ironía.)

FEL. Querido tío, no se fatigue usted. Para qué cansar la imaginación con amargas ideas que pueden acrecentar la fiebre.

ERN. ¡Fiebre! No, no tengo fiebre ninguna. ¿Verdad Doctor que mi pulso sigue en su estado normal?

DOC. Verdad es. (Pulsándole.)

ERN. Mi verdadero mal está aquí, en el corazón, en el péndulo de la vida. En la irregularidad de sus latidos, conozco el curso de mi mortal enfermedad; esa enfermedad que la ciencia moderna designa con el nombre de hipertrofia del corazón, y que en verdad no es otra cosa que la *negación* del sí de la vida. ¿Qué tal? ¿Acierto Doctor?

DOC. Según y conforme.

ERN. ¿*Conforme*? Lo estoy, Doctor; ¡y cómo no estarlo! Bien conoce usted mi historia. De joven un grandioso dolor fué el gérmen del mal que hoy me arrastra al sepulcro. Mi estancia en las Indias, mis luchas, mi afán de lograr una gran fortuna como la que hoy poseo, precipitaron mi existencia. No lo soy, pero parezco viejo, un septuagenario, y como lo parezco, es igual que si lo fuera. Mi cuerpo es árbol caído. La muerte no me espanta. Sé que muero honrado y eso me basta. Un poco antes ó después ¿qué me importa? Estoy pronto. Después de tanto sufrir la muerte será un descanso para mí.

FEL. Qué ideas...

DOC. Conviene reposar la imaginación.

ERN. No puedo. Mas esfuerzo me cuesta paralizar el pensamiento que dejarle fantasear libremente.

FEL. Las fantasías siempre son dañosas, querido tío; en esta ocasión precisa ser prosaico.

- ERN. ¡Prosaico!
- FEL. Sí; para no perderse en la idealidad.
- ERN. Ahora verás tú si soy prosaico. Doctor; me promete usted contestar prosaicamente á lo que voy á preguntarle?
- DOC. ¿Qué es lo que desea usted saber?
- ERN. Sencillamente cuanto tiempo me resta de vida.
- DOC. Pero...
- ERN. Sin ambajes, Doctor, sin ambajes. Sea usted inexorable. Me precisa saber la verdad. Nada de vacilaciones. Del plazo más ó menos corto depende la realización de asuntos muy graves. ¿Cuánto tiempo me resta de vida?
- DOC. Quien sabe... La ciencia no puede precisar... No sufriendo ninguna violenta emoción...
- ERN. Y sufriendola?...
- DOC. Podría serle á usted fatal.
- ERN. ¿Según eso debo renunciar á todo viage mas ó menos largo?
- DOC. Completamente. En las actuales circunstancias creo una imprudencia hasta un corto paseo
- ERN. Y... visitas ¿puedo recibirlas?
- DOC. Eso sí... siempre que estas proporcionen distracción y no fatiga.
- ERN. Gracias, Doctor, agradezco infinitamente la franqueza.
- DOC. Recordando siempre que usted lo ha exigido.
- ERN. Era preciso: La verdad de esta sentencia, es para mi un gran consuelo.
(Viendo que el Doctor coge su sombrero y bastón.)
¿Se marcha usted ya?
- DOC. Sí; pero volveré para ver el efecto de la medicina que he recetado. Animo, ánimo, no hay que desesperar.
- ERN. Es inutil el disimulo, Doctor; mi sentencia es de muerte. Adios.
- FEL. Acompaño á usted, Doctor.
- DOC. Como usted guste
(Vanse por la primera derecha)

ESCENA II

ERNESTO y CRIADA

- ERN. Antonia.
CRIADA Señor.
ERN. Que lleven á la farmacia esta receta y quédate en la sala próxima, siempre atenta á mi voz, que no tenga que esforzarme mucho para llamarte.
CRIADA ¿Quiere el señor una campanilla para llamar?
ERN. No, el ruido del metal me molesta mucho.
CRIADA Como quiera el señor.
ERN. Ve por la medicina.
CRIADA Al momento. (Vase primera derecha.)

ESCENA III

ERNESTO y FELIX que sale por la primera derecha.

- FEL. (Que largo se hace el tiempo esperando.) Amado tío ¿siente usted fatiga?
ERN. No, no... Estoy relativamente bien. Tenemos que hablar. Cierra la puerta. Aviva el fuego. (Felix lo hace.) Siéntate junto á mi.
FEL. (A qué obedecerán tantos preparativos?)
ERN. Escucha con atención.
FEL. Soy todo oídos.
ERN. Seré breve en todo lo posible. En mi juventud, es decir, doce años atrás, tuve amores con una hermosa jóven; hermosura en el rostro pero corazón de hiena. Para casarse con un hombre rico me abandonó y lo que es más, abandonó á nuestro hijo, un inocente niño fruto de nuestros amores ilícitos.
FEL. Calma, sin fatigarse. Recuerdo bien esa historia.
ERN. El afán de enriquecerme, el delirio de amontonar oro para arrojarlo al rostro de la ingrata madre de mi hijo, hizome partir á las Indias. Dejé el niño á mi hermana, tu madre...

- FEL. Si, lo recuerdo. Al poco tiempo, instigado por sus cartas, partí yo también con mi padre para reunirnos á usted, querido tío: más mi padre murió sin terminar nuestro viaje y...
- ERN. Y aquí empieza la doble fatalidad de mi destino. Tu carácter indómito....
- FEL. Amado tío, diga usted la inexperiencia de mi juventud.
- ERN. Sea así; tu inexperiencia de hombre, hízote separar de mi lado y darte á una vida de perdición, causa de muchos males.
- FEL. De males que deploro amargamente. Volví á España; mi madre, su buena hermana, había fallecido... en el hospital.
- ERN. ¡Dios mio!
- FEL. Esta noticia fué la causa del cambio de mi conducta. Desde la muerte de mi querida madre, nada hallará usted en mí que pueda avergonzarme
- ERN. Pues bien; vamos al caso. Los detalles de esta historia por sabidos los tenemos olvidados. La pérdida de mi hijo Ernesto es el móvil de mi relato. ¿En tu imaginación no se halla algún pequeño recuerdo, un indicio cualquiera que nos pueda dar luz para saber qué se ha hecho de mi hijo Ernesto? Piénsalo bien, medita profundamente. A veces, un pequeño detalle, una noticia suelta, conduce á la solución del problema más difícil.
- FEL. No... no recuerdo nada. Llegué á España, mi madre había muerto. Como no tenía bien alguno, no me cuidé de más. Pregunté por mi primo Ernesto, y...
- ERN. ¿Y qué?
- FEL. Ya lo he dicho. Mi madre le dejó al cuidado de una buena mujer, una prima lejana, tan pobre de dinero como rica de corazón.
- ERN. ¿Y esa mujer?
- FEL. Supe á mi vuelta que había muerto miserablemente también en el hospital.
- ERN. ¡Todo perdido! Ni el más leve indicio... Siempre entre tinieblas... siempre rodando al abismo de la desesperación. (Queda dormitando.)
- FEL. (Qué tenacidad en sus preguntas... Qué si-

tuación la mía tan forzada, tan fingida. Y á todo esto sin saber nada de su testamento.)

(Llaman quedito en la puerta de la derecha.)

¡Eh! ¿Llaman?

(Va á abrir.)

ESCENA IV

Dichos y la CRIADA con botella de medicina.

CRIADA La medicina.

FEL. Dame.

CRIADA El señor...

FEL. Duerme. Déjanos solos.

(Vase la criada.) (Si pudiera precipitarse el final... Atajar el camino... Pero no... luego la autopsia... Esperemos)

ERN. ¡Ay! (Suspirando débilmente.)

FEL. ¿Se ha descansado?

ERN. Unos minutos. Trajeron el medicamento?

FEL. Sí. ¿Quiere usted tomar la medicina?

ERN. Sí, sí... Me siento muy mal y aun no hemos terminado nuestra conversación.

FEL. Calma, calma, otro día...

ERN. No, ahora, ahora. El tiempo vuela y mi afán no admite vacilaciones. Escucha: yo soy rico, muy rico, poseo dos millones de duros...

FEL. ¡Dos millones!

ERN. Sí. Te parece mucho, ¿verdad? En la importancia de mi fortuna, se comprende lo trabajoso de mi existencia en las Indias. Trabajo incesante, sudor del rostro, para amasar el oro que cundía en mis manos... Cundía, sí, pero lentamente, con cuantas fatigas...

FEL. ¿A qué recordar lo pasado?

ERN. Sí, sí, tienes razón. Dejemos lo pasado, para fijarnos en el presente. Mira, aquí tienes copia exacta de mi testamento. En él hallarás con toda claridad el destino que doy á mi fortuna. (Le entrega una copia que saca de la papelera del velador.)

FEL. Tío...

ERN. Nadie mejor que tú puede cumplir lo que en el testamento dejo consignado.

FEL. Si de mí depende...

- ERN. Mucho puedes hacer tú en beneficio de la tranquilidad de mi alma.
- FEL. Haré cuanto sea preciso.
- ERN. Mis bienes quedan repartidos por partes iguales entre tú...
- FEL. Pero tío. .
- ERN. No me interrumpas; entre tú y ese desgraciado niño que me debe el ser. Una vez descubierta su paradero, partirás con él mi fortuna, advirtiéndote, que es necesario para entrar en posesión de la herencia, que no haya hecho nada durante su vida que pueda empañar ni ser deshonroso al apellido que lleva.
- FEL. (Respiro.)
- ERN. Esta es la espesa condición, en cuyo caso quedará sin efecto el legado, entrando tú en la total posesión de la herencia, así como también al quedar probada su muerte. Tales son en resúmen las prescripciones testamentarias de las que te pido exacto cumplimiento. Cúmplelas, como espero de tu cariño é interés, y si como dicen, hay otra vida mejor, reposaré tranquilo bendiciendo tus afanes.
- FEL. (Aquí debo entermecerme algo. La cosa está mejor de lo que podía sospechar.)
- ERN. Creo que te han conmovido mis palabras.
- FEL. No puedo negarlo, querido tío.
- ERN. Esto me indica que no en balde confío en ti. Estoy tranquilo.

ESCENA V

Dichos y la CRIADA

- CRIADA Señor.
- ERN. ¿Qué ocurre Antonia?
- CRIADA Una señora vestida de riguroso luto, pretende ser recibida.
- ERN. ¿Ha dicho su nombre?
- CRIADA Insiste en callarlo.
- ERN. Dí que pase. (Vase la criada.) ¿Quién será?
- FEL. ¿Quiere usted que me retire?

- ERN. Sí... pero no te alejes. Entra en mi biblioteca. Según lo que resulte de esta visita ya te llamaré.
- FEL. Como usted guste.
- ERN. Ya comprenderás que no es por mi parte el decirte que...
- FEL. Se comprende. (Visita más singular.
(Vase por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA VI

ERNESTO y CRIADA conduciendo á MAGDALENA

- CRIADA Por aquí, señora.
- MAG. Don Ernesto...
- CRIADA Allí está.
- MAG. ¡Cómo! ¡él! ¡Dios mío!
- ERN. ¡Esa voz! ¡Qué ve! ¡Usted aquí! Retírate.
(A la criada.)
Señora, ¿qué viene usted á buscar en esta casa?
- MAG. Vengo á pedirte á nuestro hijo.
- ERN. ¡Nuestro hijo! Ha dicho usted nuestro hijo!
¡Miserable! Cállese usted y salga de esta casa.
- MAG. Ni callo, ni salgo! Me has de oír, me has de contestar.
- ERN. Atrevida es usted ahora, como débil fué usted en otro tiempo.
- MAG. Ayer era unaniña bajo el dominio paternal, hoy soy una madre que reclama á su hijo.
- ERN. Entre el *ayer* y el *hoy* han mediado doce años: en ese tiempo yo me he enriquecido. Ayer abandonó usted á nuestro hijo para casarse con un hombre cuya riqueza la enloqueció, y hoy que soy rico, viene usted en busca de ese mismo hijo para completar la riqueza.
- MAG. ¡Por piedad!
- ERN. ¡La tuvo usted de mi casándose con otro hombre!
- MAG. Fuí culpable, lo confieso; obedecí á mis padres y...
- ERN. Podíamos haber huído de España.
- MAG. Sí, pero...

- ERN Sí, pero... el brillo del oro enloquece y fué usted amante perjura y mala madre.
- MAG. Bastante he sufrido. Mi marido ha sido el más cruel de los verdugos: ha muerto, no lloro su muerte, pero tampoco le maldigo. Mucho he sufrido: hoy, que por fin soy viuda, justo me parece hallar un consuelo en la posesión de mi querido hijo, única alegría de lo que me resta de existencia.
- ERN. Con que no ha sido usted dichosa en su matrimonio?
- MAG. No: mi marido era un hombre de carácter brusco, un tirano... Durante doce años, he sufrido lo que no es decible. Si no me he muerto, ha sido por la esperanza de ver un día á mi hijo, al terminar mi martirio de mujer casada. Ese día, por fin ha llegado, y aquí me tienes á tus plantas, implorando perdón, olvido y piedad.
- ERN. ¡Ni perdón, ni piedad. Tengo el recuerdo grabado con caracteres de fuego en el corazón, y antes dejará de latir que borrar tu infamia.
- MAG. Pero así y todo, no tienes derecho ninguno á robarme para siempre al hijo de mis entrañas.
- ERN. Su primitivo abandono me dá derecho á todo. Míreme usted, señora; fíjense sus ojos en mi rostro, ¿no ve usted en él las huellas de horribles sufrimientos? Tengo cuarenta años, y soy un viejo que se halla al pié del sepulcro. Y á usted debo todo mi mal; á usted sola que me ha destrozado el corazón.
- MAG. Reconozco todas mis faltas. He obrado mal, muy mal, y solo Dios sabe cuanto te amaba... Ernesto.
- ERN. Usted no me ha amado nunca, señora; usted no ha amado á nadie, á nadie.
- MAG. ¡Eres cruel hasta en tu tratamiento! No concedes en mí, ni el amor de madre!
- ERN. ¡Como quieres que te lo conceda si abandonastes á nuestro hijo miserablemente!
- MAG. ¡Por piedad!
- ERN. Para tí no la hay; lo repito.

- MAG. (Levantándose.) ¡Basta de súplicas! Quiero á mi hijo, entiendes? ¡Lo quiero! Si te resistes á entrar en convenio, acudiré á la justicia.
- ERN. Sea así... Acudid á los jueces. Cuando vengan á interrogarme no hallarán más que un cadáver, por que con tu visita has atajado los días de mi corta existencia y me ahorras la pena de revelarte lo que ya iba á escaparse de mis labios.
- MAG. ¡Qué dices!
- ERN. No, no... Dejarme morir tranquilo... No diré una palabra más...
- MAG. ¡No te entiendo! ¡qué ibas á decir! ¡Habla! ¡Habla!
- ERN. No ..
- MAG. Sí, sí .. (Apretándole la mano nerviosamente.) ¡Qué ibas á decir! ¡Quiero saberlo todo, todo. Has de hablar! hablarás á la fuerza! ¡Mal padre! ¡Eh! ¡Qué has dicho! ¡Tú me recriminas! ¡Tú! Pues bien, sábelo todo de una vez... Quería ahorrarte la última gota de hiel en la copa del martirio. Sábelo de una vez, de un solo golpe...
- MAG. Acaba.
- ERN. Nuestro hijo á quien tú sin duda has creído ver siempre á mi lado...
- MAG. Sí, sí, eso creo.
- ERN. Pues no es así, no es así. Al abandonarnos tú, al casarte, al partir yo en busca de fortuna al través de los mares, me vi en la precisión de dejarlo al amparo de mi pobre hermana, falta de recursos y enfermiza. Mi hermana murió y nuestro hijo quedó completamente abandonado. Muchos años pasaron ignorándolo yo todo. Por fin volví á España. Afanosamente traté de indagar el paradero de mi hijo... Todo inútil... Nada se sabe de él... Ha desaparecido y con su pérdida han aumentado mis penas.
- MAG. ¡Qué escucho!
- ERN. He aquí lo que quería ocultarte... ¡tú has querido saberlo todo! todo lo sabes ya. Mi hijo, mi querido hijo, por culpa tuya, quizá vaga por las calles como un hijo de nadie, entre

la turba de pilletes espuestos á morir de frio y de hambre en mitad del arroyo.. Carne de presidio, quizás un día se pudra en uno de ellos. Oh, si así fuese, su muerte sería preferible á tamaña deshonra.

MAG. No, no... No te creo, tú me engañas, tú mientes... Mi hijo no se halla perdido, tú sabes donde está y tratas de despistarme. Mi hijo es un hombre honrado, un hombre digno.

ERN. Digno... como su madre.

MAG. ¡Oh!

ERN. Mas... si maldad hay en él, de tí la heredó. Tuya es la culpa de su perdición.

MAG. No te creo! ¡Que no te creo!

ERN. He dicho la verdad! La verdad pura... Un moribundo no miente.

MAG. Pero si no puede ser.

ERN. Pronto te convencerás. Félix.

MAG. ¿A quién llamas?

ERN. Vas á verlo.

ESCENA VII

Dichos y FELIX

FEL. ¿Llamaba usted?

ERN. Sí. Esta mujer es la madre de mi hijo, del hijo que lloramos perdido. No dá fé á mis palabras, porque ella, solo ella, es la causante de todos mis males. Pues bien, lee en su presencia la copia de mi testamento.

FEL. (¡Qué es esto!) (Saca la copia de su bolsillo. Lee.)

ERN. Solo el párrafo concerniente á mi hijo.

FEL. (Leyendo. «Es mi voluntad que una vez descubierto el paradero de mi hijo Ernesto, habido con Magdalena Pastor, se repartan todos mis bienes, entre él y mi sobrino Félix. En el caso de que el llamado Ernesto, resultare un jóven de malas costumbres, ó hubiese en su vida, algo que fuere deshonroso al apellido que lleva, así como en el caso de que quedara probado su fallecimiento, quedará sin efecto la referida partición, pasando la totalidad de mis bienes á favor de...

- ERN. Basta. Señora, creo habrá usted comprendido la verdad de mis palabras.
- MAG. Si.
- ERN. Si nuestro hijo, se halla sellado por la deshonor, á usted solamente debe agradecérselo; su maldición será eterna, como eterno ha de ser el castigo.
- MAG. ¡Oh, calla, calla por Dios.
- ERN. No os asustéis, pronto quedará usted satisfecha. La muerte enmudecerá mi lengua; no se hará esperar mucho tiempo, no.
- MAG. ¡Que dices!
- ERN. La verdad.. me siento morir... Felix, Felix...
- FEL. Que desea usted?
- ERN. Recuerda tu juramento.
- MAG. ¡Un juramento!
- ERN. Si... el juramento de no revelarte jamás el paradero de nuestro hijo, si la suerte quiere que un día ú otro se encuentre.
- MAG. ¡Así me tratas!
- ERN. Así, como á los perros leprosos, como á las víboras malditas.
- MAG. ¡Jesús!
- ERN. Ni en él halles amparo.
- MAG. Me lanzas á la desesperación, al abismo sin fondo.
- ERN. Y tú me lanzas.. á la muerte.
- (En completo estado de postración.)
- FEL. ¡Fallece! Socorro! Favor! Aquí todos! Socorro!

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, CRIADA y el DOCTOR

- CRIADA ¡Que ocurre!
- FEL. ¡Oh! Doctor... llega usted á tiempo.
- DOC. No: llego tarde. Esta vida se va por momentos. (Larga pausa. El Doctor tomando el pulso al enfermo. Felix á su izquierda. Magdalena en la derecha. La criada en segundo término.)
- MAG. ¡Que fatalidad guía mis pasos! No parece sinó que mi aliento, envenena la atmósfera que á mi lado se respira. ¡Infeliz de mí!
- (Ernesto fallece sin contorsiones plácidamente.)

- DOC. Todo ha terminado.
FEL. (Por fin.) Señora...
MAG. ¡Que me quereis! ¡Que me vaya! No; este hombre ha sido el padre de mi hijo y...
FEL. Y usted ha sido la causa de su muerte.
MAG. Yo no; la fatalidad, el destino, su carácter intransigente, su terquedad.
DOC. Señora...
MAG. Su tenacidad, su venganza.
FEL. Basta. No se puede permitir...
MAG. Es que quiero vindicarme, quiero que todo el mundo sepa ..
DOC. Sea lo que fuere no son estos los momentos propios para entrar en esplicaciones.
MAG. Pero es que...
DOC. Señora, respetemos su cadaver.

(Cuadro.)

TELÓN

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

PERSONAJES DE ESTE ACTO

Garza.—Sofía.—Tío Rufino.—Toñín.—Ernesto (hijo.)
—Mostaza.—Pelón.—D. Justo.—Un guardia.—Vendedor 1.º—Vendedor 2.º—Transeuntes de ambos sexos.

CUADRO II

LA ACADEMIA DEL TIO RUFINO

Habitación miserable. Puerta á la derecha y dos en la izquierda.

Muebles desvencijados. Todo de repugnante aspecto.
En las paredes, láminas de *La Lidia*, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

El TIO RUFINO sentado junto á la mesa de la izquierda repasando unos papeles. GARZA y TOÑÍN en la derecha junto á un arcón muy viejo y unas esteras. Un velón ilumina la escena.

GAR. Esto acabará muy pronto: antes de lo que *tas figurao*. Estoy *aburria*, *desesperá*... Eres un *arrastrao*: y *tóo* porque eres hombre, por que sabes que te quiero con el alma... ¡Ay, que *via más condená!*

ToÑ. ¡Habrá tonta... de... tontería!

GAR. Por eso, por que me crees tonta gozas en martirizarme. Pero aunque me muera, no quiero vivir así.

- TOÑ. Si te mueres, claro que no.
T. RUF. Pero hijos, con vuestra charla es imposible sacar estas cuentas.
GAR. Es que . .
TOÑ. No haga usted caso, maestro. Es que á esta princesa *destroná* se le sube no sé qué cosa á la cabeza, y quiere darme bronca sin distinguir que yo soy *tóo* un caballero, y que si se me hinchan las narices la voy á dar una *quantá*, que no van á hallarse manos en *toa* la Península *pa* recoger muelas y dientes *insurretas*.
GAR. ¡Oye usted esto, Tío Rufino!
TOÑ. Como se me hinchen las narices, ¡digo!
T. RUF. Que no se te hinchen, Toñín, que no se te hinchen. Y tú, Garza, podías darte por muy satisfecha teniendo por novio un jóven de prendas como Toñín.
TOÑ. Mucho que sí. Pero no tema usted, maestro, estas son insurrecciones que yo sofocaré. ¡Digo! No hay otro como yo *pa* el *seso* contrario. (A Garza que va á replicar.) Tú te callas, que ahora tengo que hablar con el maestro.
GAR. Bien está: callaré... Pero ten *entendío* que mis deseos son dejar esta *via* que llevamos, y meterme en *cualesquiera* rincón del mundo donde trabajando honradamente podamos ganar un *peazo* de pan.
TOÑ. ¡Pero qué dice esta *cursi*! ¡Trabajar! *Pa* el tonto que te crea.
T. RUF. ¡Has dicho trabajar!
GAR. Sí... trabajar honradamente he dicho.
TOÑ. Escucha, escucha... ¿Cuando te he *dao* yo ese mal ejemplo? ¡Trabajar! Tendría gracia... Eso sería *vilipendiar* mis lecciones.
T. RUF. Vaya, vaya, dejaos de arrumacos, y ve á preparar el rancho de los gorriones, que los chicos no pueden tardar y vendrán todos ellos con un hambre canina, por no perder la costumbre. ¡Angelitos de Dios! ¡Se me comen vivo! Pero no importa, yo les quiero como si fueran hijos míos.
TOÑ. ¿Los discípulos?
T. RUF. Sí, mi partida de gorriones.

- Toñ. No se arruinará usted con ellos. *Cuidiao* que les da usted una *bazofia*, que ni los perros, aunque sea mal *comparao*, la sufrirían tres días *seguios*.
- T. RUF. ¡Qué cosas dices, Toñín!
- Toñ. La *verdá* pura.
- T. RUF. Anda, Garza, anda á preparar la cena.
- GAR. Allá voy. (Vase por la primera derecha.)
- T. RUF. El régimen de alimentación para los niños ha de ser ligero
- Toñ. Me río yo de su ligereza, Tío Rufino. Excelente régimen contra las indigestiones, viejo zorro.
- T. RUF. ¡Eh! (Con fiereza.) (Este aun no me conoce: más vale así.) (Con suavidad.) ¡Je, je, je! ¡Que pícaro eres Toñín! Bien sabes que tú eres mi discípulo predilecto... casi mi hijo.
- Toñ. ¡Su hijo! No, yo no soy hijo de nadie. Soy como el caracol: llovió, salió el sol, y héteme *crecio* hasta que me muera, mejor dicho, hasta que me revienten.
- T. RUF. ¡Je, je, je! Siempre en broma... Eres un guapo mozo ¡tunante! Por eso abusas de esa pobre muchacha que te quiere como á las niñas de sus ojos.
- Toñ. No diré que no; pero vamos al asunto.
- T. RUF. Bien sabes que yo protejo esos amores, que te quiero como á un hijo, porque efectivamente eres mi hijo. . intelectual.
- Toñ. Yo no entiendo de eso. Lo que si entiendo es que necesito *parné*.
- T. RUF. Pero hijol
- Toñ. ¡*Parné!* (Con la mano estendida.)
- T. RUF. ¡Pero tú no sabes!...
- Toñ. Yo no sé *ná*: lo que sé es que necesito... (Siempre con el mismo tono.)
- T. RUF. ¡Pero es que me estás arruinandol
- Toñ. No será tanto.
- T. RUF. Es que los negocios van mal, que la situación económica impone eliminaciones y...
- Toñ. Me tengo yo *aprendios toos* sus discursos económico-políticos. Menos cháchara y más grano: *parné*.
- T. RUF. En fin: veamos... Dime lo que necesitas; pero procura ser módico, tener cabeza ..

Toñ. Y tener dinero. Cien pesetas *pa* un compromiso *mi* comprometido que tengo con un amigo.

T. RUF. ¡Cien pesetas!

Toñ. O sean veinte duros justos y cabales.

T. RUF. ¡Pero si no poseo ni la mitad de lo que me pides! (Movimiento de Toñin.) Vaya, vaya, me quedo sin un céntimo y sean veinticinco...

Toñ. ¿Veinticinco duros? Perfectamente.

T. RUF. ¡No! Veinticinco pesetas, ¿entiendes?

Toñ. ¡No! Duros, he dicho, duros, ¿entiende usted?

T. RUF. ¡Pero tú estas loco! Por Dios, reflexiona... ¡Qué vas á hacer con tanto dinero! Cien pesetas hoy día son un capital .. En fin, haré un inmenso sacrificio... Sean ocho duritos, y puedo asegurarte que es todo cuanto tengo en casa.

Toñ. He dicho veinte duros.

T. RUF. Pero considera . .

Toñ. ¡Ea! hablé ya bastante, viejo marrullero. Han de ser cien pesetas, ni un perro menos.

T. RUF. ¡Cien pesetas! Eso es una perrería.

Toñ. Eso es... ¡cien pesetas!

T. RUF. Pero si no poseo esa cantidad.

Toñ. Es lástima, porque habrá que buscarla.

T. RUF. Bueno, si, la buscaré .. Veremos mañana...

Toñ. Vaya .. ¡que *sacabó* mi paciencia... no sufro ya más charla: ha de ser ahora. Ahora mismo mismamente, si no quiere usted que me cobre levantando los ladrillos.

T. RUF. (¡Si habrá descubierto mi escondrijol!) (Muy atemorizado.) Levantando .. ¡qué!

Toñ. ¡Los ladrillos! No, no ponga usted esa cara de monaguillo *espantao*, que nos conocemos de tiempo y no ignoro su mañas. Pero estoy *prevenio*. (Sacando una navaja culebra.)

T. RUF. ¡Toñin!

Toñ. ¡Que *quíé* *usté*, yo soy así!

T. RUF. (Si me dejase llevar de mi carácter... No, no, ahora no es conveniente.) (Llaman en la puerta de la derecha.) Llaman, voy á abrir, serán mis gorriones.

Toñ. (Deteniéndole el paso.) No, si no abrirá usted. Ea, venga el dinero *enseguía*, que se me hinchan las narices, y ..

- T. RUF. Bueno, hombre, bueno... Sea una onza.
Toñ. ¡Un demonio!
T. RUF. ¡Jesús me valga! Vaya que no he de negarte nada. (De una cartera mugrienta saca un billete de cien pesetas. Toñin lo examina y lo mira al trasluz.)
Toñ. Así se entienden los hombres. Ya puede usted abrir.
T. RUF. Ya sabré yo quitarte de mi vista cuando menos te lo figures.) (Vá á abrir.)

ESCENA II

Dichos, MOSTAZA, PELÓN y ERNESTO. Los dos primeros con trajes de pilluelos, rotos pero no asquerosos. Ernesto con traje pobrísimo, pero no canallesco.

- PEL. Vamos, entra sin miedo.
T. RUF. ¡Ya estáis aquí, hijos míos!
Toñ. (A este viejo hay que enseñarle los dientes muy *amenuo*.
T. RUF. ¡Eh! ¡quién es este muchacho! (Por Ernesto.)
PEL. Lo hemos *hallao* en la Castellana medio muerto de frío y hambre, *acurrucao* en un banco.
MOST. Y le hemos dicho: amiguito...
PEL. Vénte con nosotros. ¿Tíés hambre?
MOST. Ha *contestao* que sí. Hemos *echao* unas copas con unos céntimos que teníamos...
PEL. Y aquí está.
MOST. Eso, aquí está.
PEL. Ni más ni menos.
MOST. Ni menos ni más.
Toñ. (Valiente pelma. Es un gorrión *atontao*. Parece provinciano.)
T. RUF. ¿Y tú que dices á todo esto? (A Ernesto.)
ERN. Yo, señor... que no se como pagar tanta bondad.
T. RUF. Ya tendrás ocasión de pagar, ya.
MOST. Ya lo creo.
T. RUF. Aquí nada ha de faltarte, y no será mucho lo que se exija de tí. A mi lado y siguiendo mis consejos llegarás á ser hombre...
Toñ. (Sí, hombre al agua.)
T. RUF. Llévalo dentro y que Garza le dé algo caliente.

- ERN. Temo abusar...
T. RUF. Anda, hijo mío, anda, necesitas alimentarte.
ERN. Doy gracias á Dios, de todo corazón, por la suerte que me ha cabido penetrando en esta casa, bondadoso señor.
T. RUF. No lo sabes tú bien. Aquí se trabaja un poco, pero...
ERN. Mi único deseo es trabajar, servir en algo.
T. RUF. Ya trabajarás, no te dé eso pena alguna, ya trabajarás. Llévadle á la cocina, llévalde.
(Vanse por la primera puerta izquierda.)

ESCENA III

TIO RUFINO y TOÑIN

- T. RUF. ¿Qué te parece el neófito?
Toñ. Muy *atontao* y muy grandullón.
T. RUF. Esos juicios son algo prematuros. Yo espero que á mí lado y con tus lecciones, podrá servirnos de algo. Casualmente nos viene como de perlas. Hay á veces ciertas ocasiones, en que es necesario un muchacho de rostro simpático para que no se recele de él, y pueda alternar... En fin, me da el corazón que hemos hecho una adquisición nada despreciable.
Toñ. No lo creo yo así.

ESCENA IV

Dichos, MOSTAZA y PELÓN, como continuando una conversación.

- MOST. ¡Je, je, je! Es un lipendi que no sabe *na...*
¿Pues no se le ha ocurrido preguntar si esta casa es el taller de algún industrial?
PEL. ¡Será inocente!
T. RUF. Ea, ea. Dejaos de bromas. Vamos á ver ¿qué se ha recogido hoy?
MOST. (Con cierto recelo.) Tres pañuelos... uno de seda.
(Los entrega.)
T. RUF. Están muy viejos... No valía la pena... En fin,

- ¿qué más? Mira, Toñín, puedes guárdartelo si te gusta.
- TOÑ. (Examinando el pañuelo.) Gracias. (Me da lo que no sirve *pa ná*. (Lo rehusa.)
- MOST. *Aluego*, este *ñiquel*. (Entregando un reloj.)
- TOÑ. Que peso se habrá *quitao* de encima el gachó. ¡Valiente castaña!
- T. RUF. Sí, no es de lo mejor.
- MOST. Pero si va *too* el mundo *escamao* que ni *pa* Dios hay quien se distraiga.
- T. RUF. Hay que buscar, hay que buscar. Todo va poniéndose cada vez peor, y si seguís tan torpes... Y tú, Pelón, has hallado...
- PEL. Un *porta-moneas* de piel de la Rusia ó poco menos. (Entregándolo.)
- T. RUF. Ah, vamos... Esto ya es otra cosa.
- PEL. Y *aluego*, este alfiler de corbata
- T. RUF. Mira tú. . (A Mostaza.) Aprende de Pelón, con el tiempo será un hombre de provecho. (Abre el portamonedas.) Pero hijo, el *porta* está aquí pero las monedas...
- PEL. (Aquí.) (Tanteándose el bolsillo.)
- TOÑ. (Se las habrá *guardao*. Yo haré soltárselas.)
- PEL. Como no está uno dentro...
- T. RUF. A este paso, vamos á parar todos á San Bernardino.. Y el alfiler... (Examinándolo con un lente.) ¡Qué preciosidad!
- TOÑ. (Parece que no le disgusta.)
- T. RUF. Valiente alfiler... una peseta debió costar.
- TOÑ. A ver.
- T. RUF. Cá, hombre, nada, nada... un alfiler de bazar. (Guardándolo.)
- TOÑ. ¿Y por qué no me lo ofrece usted como el pañuelo?
- T. RUF. Porque... por que me basta con uno, tocante á desprecios...
- TOÑ. (Que me crea tonto...) (Retirándose.)

ESCENA V

Dichos y ERNESTO

- T. RUF. Ah! aquí está mi nuevo hijito. Ven, acércate...
¿Cómo te llamas?

- ERN. Ernesto.
- T. RUF. (Algo admirado.) ¡Ernesto!
- PEL. ¡Je, je, je! ¡Ernesto! (Riendo.)
- MOST. ¡Je, je, je!
- T. RUF. Pero muchachos, ¿qué hallais de particular en este nombre? Es un nombre muy bonito.
- PEL. Hay que ponerle mote.
- MOST. Claro que sí. ¿Cómo le llamaremos?
- PEL. Pues... el Pajarito.
- MOST. Sí, sí, el Pajarito.
- ERN. No, no, Ernesto; así se llamaba mi padre, Ernesto: ese es mi nombre.
- T. RUF. (¡Dice Ernesto!... Es preciso preguntarle... La casualidad tiene raros caprichos y quizás...) (A Mostaza y Pelón.) Si queréis jugar un ratito á los naipes, os concedo permiso, vaya.
- Toñ. Sí, sí, venga la baraja. ¡Garza! Tráete una botella. (Llegó la mía, ya se yo quien se quedará con las monedas del *porta*)
(Forman dos grupos. Toñin, Pelón y Mostaza en las esteras de la derecha jugando á cartas. Tío Rufino y Ernesto en la izquierda)
- T. RUF. Siéntate aquí, hijo mío, tengo por ti un verdadero interés.
- ERN. No sé como agradecer...
- T. RUF. Quién piensa en eso.
- PEL. Juego yo.
- MOST. Toñin, *tiés* un pitillo?
- Toñ. Espera, que Pelón va á convidarnos.
- PEL. ¡Yo!
- Toñ. ¡Pero tu crees que yo!... Anda, anda, suelta los monises del *porta*-monedas *convertios* en tabaco, que todos somos hermanos más ó menos directos.
- PEL. Pero si...
- Toñ. Que los sueltes, digo.
(Le da un cachetazo y al caerle la gorra á Pelón caen varios cigarrillos.)

ESCENA VI

Dichos y GARZA por la izquierda.

- GAR. ¿Quién llamaba?
- T. RUF. Ésos, que como traen tanto beneficio, bien pueden recrearse á mi salud

- TOÑ. (Pero ese judío gruñendo siempre.) ¿Qué va á ser? (A los chicos.)
- GAR. Eso, ¿qué va á ser? ni que estuviéramos en el Imperial ó Fornos mismamente. Aguardiente y gracias.
- TOÑ. ¡Aguardiente! *peñascaró* mujer, no seas ordinaria. Tráite lo que *haiga* y *sonsi*, que siempre has de hablar más de lo preciso. ¡Maldita sea la... El mejor día... Dame candela.
(Enciende el cigarro. Vase Garza saliendo enseguida con una botella de aguardiente y vasos.)
Oros, echa tú.
- PEL. Tres de copas: como las que traerán.
- GAR. Aquí están ya.
(Llena los vasos. Toñín bebe repetidas veces.)
Cuidiao, Toñin, que ya sabes que *tiés* mala *bebía*
- TOÑ. Y tú peor lengua.
- T. RUF. Pero es mucho cuento que siempre habéis de estar... bromeando.
- GAR. Es que es un *perdio*.
- TOÑ. Y tu una *encontrá*.
- GAR. Un mal hombre.
- TOÑ. Que no me faltes...
- T. RUF. Vamos, vamos...
- GAR. Que ya estoy *cansá* y *aburria*.
- TOÑ. El *aburrío* soy yo. ¡Mala pécora! ¡Desgalichá!
- GAR. Cobarde...
- TOÑ. ¡A mí! Toma, *pa* que aprendas á distinguir.
(Le da un trastazo, una patada y todos se levantan y los separan.)
- TODOS. ¡Eh! ¡eh!
- GAR. ¡Granuja! ¡Ladrón! (En voz baja.)
- TOÑ. Y á mucha honra. (En el mismo tono.)
- GAR. ¡Dios mío! ¡Qué desgraciada soy! Verme siempre tratada como á un perro. (Llorando.)
- ERN. ¡Pobre muchacha!
- T. RUF. ¡Pero tú crees que va de veras! Ca, hombre, si todo es broma.
(Cogiendo á Garza por un brazo y retorciéndoselo con fiereza.)
¿Verdad Garza que todo es broma? (Disimula dí que sí)
- GAR. (Que me parte usted el brazo.)
- T. RUF. (Disimula y véte.)

GAR. ¡Qué! ¡Tú te habías creído! (A Ernesto.) No, hijo, no... Siempre estamos así... Es el cariño que nos rebosa... La querencia que nos juguetea por el cuerpo... Todo es broma, todo es broma. (¡Ay mi madre, cuanto sufro!)

(Se va por la izquierda.)

T. RUF. Y tú, Toñín... (Por Dios y todos los santos, repórtate. Garza te quiere con toda su alma y tú te portas injustamente.)

TOÑ. ¡Que yo me portol... ¡A callar!

T. RUF. (Ya se le subió el alcohol á la cabeza.)

(Alejándose de él con cierto temor. Toñín continúa bebiendo y jugando á cartas en su grupo. El Tío Rufino y Ernesto vuelven junto á la mesa de la izquierda.)

Ea, todo terminó. Si se quieren como dos palomitos... Y el mejor día se casarán. Ya verás tu que boda más famosa. Con que dime, dime... Tú no eres hijo de Madrid, ¿verdad?

ERN. Sí señor, lo soy. Hasta la edad de diez años viví aquí en la villa y corte, después fuí trasladado á Toledo.

T. RUF. ¿Con tus padres?

ERN. No sé: en este punto principia la confusión de mi memoria. En Toledo vivía con una pobre y buena mujer que yo creía mi madre. Lo pasábamos muy mal. Apurado el último recurso, una noche nos hallábamos en mitad del arroyo. Hacía veinticuatro horas que no habíamos comido. La noche era fría, las piedras de la calle habían desaparecido bajo una espesa capa de nieve. Aquella pobre mujer, á duras penas podía sostenerse, y yo solo podía prestarle el débil apoyo de un niño extenuado por el frío y por el hambre que devoraba mi cuerpo. Caímos al suelo; viendo que las fuerzas me faltaban, me arrodillé y besando este santo escapulario, que nunca se aparta de mí, reclamé al cielo la salvación de nuestra alma.

(Mostaza y Pelón se distraen del juego escuchando á Ernesto.)

TOÑ. ¡Borrachos! ¡Qué hacéis! ¡Jugamos ó nó!

PEL. ¿Oyes tú lo que *ice*?

MOST. ¡El escapulario! ¡Si será tonto!

ERN. Perdóneme usted, señor, no puedo recordar

- aquella escena sin que el llanto anude mi garganta.
- PEL. *Mia* tú por que llora.
- MOST. Calla y no seas zote.
- TOÑ. ¡Pero no jugamos, malditos granujas! El as... (Quédase dormido. Mostaza y Pelón se acercan á Ernesto interesados por su relato. Garza ha vuelto á salir quedándose apoyada en el dintel de la puerta izquierda.)
- T. RUF. Continua, hijo mio.
- ERN. Decía que besé el santo escapulario...
- PEL. ¿Qué quiere decir escapulario?
- MOST. *Na*: un sello del correo *esclesiástico*.
- ERN. ...Y como si esta reliquia me hubiese prestado nuevas fuerzas, pude levantarme y tomar una determinación: pedir limosna. Nos apoyamos en la pared: al poco rato pasó junto á nosotros un caballero del brazo de una señora lujosamente vestida. Extendí la mano, y pedile limosna con tanta insistencia que sin querer pisé la cola de su vestido. Iba á disculparme, pero el caballero se irritó de tal modo que sin atender á razones me pegó un bastonazo en la cabeza, haciéndome rodar por el suelo bañado en mi propia sangre.
- PEL. Si yo estoy allí lo mato.
- MOST. ¡Valiente sinvergüenza!
- ERN. No puedo referir lo que después sucedió. Al volver en mí, halléme en una sala del hospital. Aquella mujer, que yo creía mi madre, falleció á los dos días confesándose que no lo era, y dejándome por toda herencia este sencillo medallón (Uno de metal que lleva pendiente del cuello por una cinta de seda negra.)
- PEL. ¿Será de oro?
- MOST. Que te calles.
- T. RUF. Algun recuerdo de familia, ¿eh?
- ERN. De mi madre, según me dijo mi protectora.
- T. RUF. ¿Como se llamaba tu madre?
- ERN. Me dijeron que Magdalena.
- T. RUF. ¡Magdalena! y tu padre Ernesto, ¿no es así?
- ERN. Sí, señor.
- T. RUF. (Es él, no me cabe duda.) ¿Y de Toledo hasta Madrid, cómo has venido?

ERN.

Cuando salí del hospital, eché á andar sin dirección fija; necesitaba aire, ancho campo para esplayar mis pensamientos. Las calles de Toledo, estrechas, torcidas y angostas me daban miedo. . . Andando, andando, me encontré en la carretera real; unos carreros me invitaron á subir en su carro; en una posada me dieron de comer y dijéronme si quería quedarme de cabrero. Acepté con gusto y allí he pasado cuatro años en continuos sufrimientos, pues los hijos del posadero y los mozos de cuadra se burlaban continuamente de mis pocas fuerzas y de mi carácter tímido. Todo lo sufría con resignación: mas casóse el posadero en segundas nupcias con una mujer de mal carácter: no le fuí simpático y en mí recaian todas las faltas que los demás mozos cometían en la posada. Mi cuerpo era el blanco de sus iras, me pegaba continuamente. Un día tuve la desgracia de sorprenderla en su habitación con un hombre que no era su marido; creyóse que la espiaba; cegó en ira y amenazándome con un cuchillo me echó de la posada sin dejarme recoger mi ropa y el poco dinero que tenía aborrado. ¡Vete!—me dijo— y no vuelvas á asomar por estas cercanías, porque si te vuelvo á ver, haré que la guardia civil te prenda por vagamundo.

MOST.

¡Maldita mujer!

ERN.

Salí de la posada, andé todo lo que restaba de día: llegó la noche, me acurruqué muerto de frío en los escombros de un caserón arruinado. Volví á emprender mi marcha y á las tres jornadas de andar sin descanso, sin otro alimento en mi cuerpo que unos pedazos de pan que me dieron de limosna unos caminantes, llegué á Madrid ayer noche. El barullo de la población me asustó, el continuado movimiento de carruajes, hízome vagar por calles y plazas evitando ser atropellado. Por fin llegué á unos paseos largos y anchos. La noche estaba muy avanzada, las fuerzas me abandonaban, el hambre consumía mis carnes y el frío penetraba hasta mis huesos. Me sentí

morir, caí al suelo sin sentidos, y aquí me tienen ustedes como quien ha resucitado gracias á sus bondades que no olvidaré jamás.

GAR. ¡Infeliz!

MOST. ¡Pobre chico!

PEL. Si no es por nosotros, en la Castellana se quedaba hecho un sorbete debajo el banco.

T. RUF. (Es él: todos los detalles concuerdan perfectamente.) ¿Y dices que este medallón? A ver...

ERN. Fué de mi madre, que no he podido conocer.

GAR (Yo tampoco he conocido á la mía.)

T. RUF. A ver, á ver; ya procuraré indagar...

ERN Tómelo usted. (Entregándole el medallón.)

T. RUF. Ea, no llores, se acabaron tus penas. Ya verás cuan ricamente lo pasarás aquí en compañía de tus nuevos amiguitos.

ERN. ¡Oh! Gracias; yo procuraré no ser ingrato.

GAR (¡Pobrecillo! Voy creyendo que su desgracia mayor es haber penetrado en esta casa.)

T. RUF. (Levantándose.) (Es preciso distraerle.) ¿Y Toñín?

GAR. Durmiendo la mona.

T. RUF. Qué chico este, qué chico. Ea, vamos á divertirnos un ratito mientras llega la hora del trabajo. Traed el muñeco.

(Mostaza y Pelón sacan de la segunda puerta izquierda, un muñeco de tamaño natural en una percha de pié y con cascabeles en el sombrero.)

Ya verás que cosa tan divertida. Retirad la mesa. (La retiran.) Este es un juego como otro cualquiera. (Mete en los bolsillos del muñeco un pañuelo y una bolsa.) Observa bien como lo practican los chicos. A ver... Pelón...

(Pelón con un gesto canallesco saca el pañuelo.)

¡Bravo, bravo! ¿Tu ves? El que hace sonar los cascabeles, pierde. (A Pelón.) Saca la bolsa.

(Pelón lo hace, pero suenan los cascabeles.)

¡Eh! ¡Has perdido! ¡Patoso! Pruébalo tu, Mostaza. (Lo hace, sin que suenen los cascabeles.)

Este si que tiene buena mano. Vamos á ver, Ernesto, pruébalo también tú. Saca un pañuelo.

ERN. Si no sabré.

GAR. (¡La primera lección!)

(Ernesto lo hace sin que suenen los cascabeles.)

T. RUF. Bravísimo. A ver, probadlo ahora en mí.
Fuera el muñeco.

(Garza retira el muñeco. El Tío Rufino se mete los pañuelos en el bolsillo. Simula ser un paseante distraído. Pelón y Mostaza fingen una riña y con suma habilidad le vacían los bolsillos)

¡Que chicos estos! A ver, prueba de sacarme un pañuelo.

(A Ernesto, el cual sin estratagemas de pilletes, se lo saca sin apercibirse en lo mas mínimo.)

¿Lo tienes ya?

ERN. Sí, señor.

T. RUF. ¡Que delicadeza hay en tu mano! ¡Pronto aventajarás á todos! (He redondeado mi negocio bajo todos conceptos) Voy á salir. Esta noche id á dar una vueltecita: tú verás como trabajan los chicos. (A Pelón y Mostaza.) Vosotros me respondeis de él. Garza, prepárale una cama. Adios, hijo mío, adios, hasta la vista. (No quiero perder un momento. Es preciso, ante todo, ver á mi señor don Felix. (Vase por la derecha.)

ESCENA VII

TOÑÍN, durmiendo. GARZA, MOSTAZA, PELON y ERNESTO

PEL. ¿Tu no fumas?

ERN. No, no lo he probado en mi vida.

PEL. Pues nunca serás hombre. Toma un *liao* y chúpalo.

ERN. No, no.

PEL. Sí, sí.

GAR. Dejadle si no quiere.

PEL. Ha de fumar. Toma candela.

ERN. Pero si...

PEL. Toma digo.

ERN. Bien, lo probaré, pero...

MOST. Es tabaco flojo.

(Ernesto enciende el cigarro pero el humo le ahoga y le hace toser fuertemente.)

ERN. ¡Ejém, ejém! ¡Jesús! ¡me ahogo! ¡Esto es muy malo! ¡Muy malo! ¡No quiero más!

PEL. Pues has de fumarte *too* el cigarro.

- MOST. Déjalo ya!
PEL. ¡Ay que panoli! No me ves á mí? (Echando grandes bocanadas de humo.) Yo soy capaz de hacerme un pitillo con eso que llevas *colgao*.
ERN. ¡Con el escapulario!
PEL. Con lo que sea.
ERN. ¡Oh! Eso nunca.
PEL. Ahora verás tú. (Va á quitárselo.)
GAR. Pelón, no seas bruto.
MOST. Déjalo ya, Pelón.
PEL. ¡Uy! *toos* contra mí! No te *enfaes* hombre, no te *enfaes*... *too* es broma.
GAR. (Me parece que este chico no es de nuestra madera.)
PEL. ¡Y quel salimos ó no salimos.
MOST. Sí, si, vamos; mejor será.
PEL. Ahora sí que puedes encender un cigarro.
ERN. No, que me mareo.
PEL. ¡Uy, que gracia!... Vamos, vamos á hacer *pa* la vida. (Con un gesto canallesco indicando hurtar.)
MOST. Adios, Garza.
GAR. Adios todos y que no tardeis.
(Vanse los tres por la derecha.)

ESCENA VIII

GARZA y TOÑÍN

- GAR. Yo, como este desgraciado, tampoco he *nacío pa* esta *via*... Yo, como este infeliz, tampoco he conocido á mi madre... ¡Ay! *madrecita mía!* ¡No sé por que la historia de Ernesto me ha hecho tanto daño! Ha despertado recuerdos que... ¡Seré tonta! Garza no sueñes, no delires... Tu destino está ya *marcao*, inútil es que intentes torcer de senda, tu no puedes ser otra cosa que lo que eres, un pingajo que la sociedad arroja á la calle por las ventanas de su honor.
TOÑ. (Despertando.) ¡Quién rediablos anda por ahí!
¡Garza!
GAR. ¡Ya muge la fiera!... ¿Pero qué me habrá *dao*

este hombre para que á él me vaya aun contra mi voluntad? ¿Será cariño lo que siento por él? ¿Será miedo lo que á él me liga? No se... Yo creo que son las dos cosas á la par.

TOÑ. (Incorporándose.) ¡Garza!

GAR. Pero hombre; ¡es posible que con tres sorbos te pongas hecho uua cuba!

TOÑ. (Tambaleándose.) ¡Yo una cuba! ¡Yo!... Ahora verás tú... Yo bebo cuanto quiero... ¿estás tú? *pa* eso soy hombre, ¿estás tú? *pa* eso tengo *toas* las circunstancias inclusives á mi sexo. ¡Mando ó no mando! (Gritando.)

GAR. ¡Eso! Grita hasta reventar.

TOÑ. ¡Garza! ¡Garza! Venga la botella.

GAR. De arsénico te la diera yo.

TOÑ. ¿De arsénico? Tu vas á ver.

(La persigue con la navaja abierta. Garza se encierra en la habitación primera izquierda.)

Te mato, te mato.

GAR. ¡Toñín! ¡Por favor!

TOÑ. ¡Pchel! ¡Las mujeres! Dale con que estoy borracho... una copa de más, no diré que no... ¡Pero yo borracho! ¡yo! (Saca el billete que le dió el Tío Rufino.) Las cien pesetas!... Y después de estas, otras. Y luego, otras. El tío Rufino es una mina y yo soy el barreno de sus filones. Arreglémonos un poco. (Arreglándose el vestido.) Un *susini*. (Enciende el cigarro.) Ajajá; ya estoy *aviao*. Ya voy hecho un caballero. A la calle, á la calle. (Vase por la derecha dando trapiés.)

CUADRO III

LOS PILLETES

La calle de Alcalá en las inmediaciones del teatro Apolo.

Es de noche, llovizna, algunos establecimientos están iluminados interiormente.

Gran animación durante todo el cuadro.

Transeuntes con paraguas, vendedores de periódicos, guardias, etc.

ESCENA PRIMERA

VENDEDOR 1.º y 2.º, PELON, ERNESTO y MOSTAZA.

Transeuntes.

- VEN. 1.º El *Madrid Cómico* de ahora.
VEN. 2.º El *Heraldo. Imparcial, Progreso*.
MOST. No he visto noche más perra No se hace ná.
PEL. El frío aprieta. *Too* Dios va *abrochao* y nadie se detiene á mirar en los escaparates.
ERN. ¡Pero es esto lo que debemos hacer! Dos horas que cruzamos calles y plazas...
PEL. Pues aun no hemos *comenzao*.
ERN. ¿Y para esto hemos salido?
MOST. Para esto, no: que si volvemos á casa con los bolsillos vacíos, ya tu verás la que se arma.
PEL. Ea, vámonos *pa* la Puerta del Sol, que aquí sopla un *guadarrama* de primera.
ERN. ¡Qué evoluciones son estas! Yo estoy como quien sueña.
PEL. Anda, hombre, anda, ya despertarás. (Vanse.)

ESCENA II

TRANSEUNTES, VENEDORES y el TIO RUFINO por el lado opuesto que marcharon los tres muchachos.

- VEN. 1.º *La Correspondencia*
T. RUF. Ha sido desgracia no hallar en su casa á don Félix.
VEN. 1.º *El Liberal*.
T. RUF. Han dicho que estaba en Apolo. La tercera es estreno; habrá mucha gente. Yo no entro. Aguardaré la salida en cualquier café.
VEN. 1.º El *Madrid Cómico* de ahora.
T. RUF. Arre allá.
VEN. 1.º ¡*Uy!* No se sofoque usted. *Mia* tu que facha.
VEN. 2.º Si parece el papá de Gedeón.
TODOS. ¡Ja, ja, ja!
T. RUF. ¡Habrás visto desvergüenza! (Riendo.)

VEN. 1.º ¡Vaya usted con Dios!

VEN. 2.º Que usted se alivie!

T. RUF. Y vosotros id al diablo.

(Vase el Tío Rufino por un lateral y el vendedor 2.º por otro.)

VEN. 1.º El *Heraldo! La Correspondencia!*

VOCES DENTRO ¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Ese, ese ha sido!
¡Pilladle!

(Gran confusión en los transeuntes, formando corrillos. Salen corriendo Mostaza y Pelón, escurriendo el bulto entre la gente. Un guardia persigue á Ernesto, que se deja coger en mitad de la escena.)

ESCENA III

TRANSEUNTES, VENDEDOR 1.º, MOSTAZA, PELÓN, GUARDIA y ERNESTO. D. JUSTO del brazo de SOFÍA, con paraguas que cierran. Al final, VENDEDOR 2.º

GUARD. ¡Granujilla! Suelta lo que has robado.

ERN. No he sido yo, no: se lo puedo jurar á usted.

GUARD. A mí con esas, vamos, sígueme pillete.

ERN. (Llorando.) ¡Madre mía! ¡Madre de mi alma! Soy inocente.

GUARD. ¡Ya te daré yo la inocencia!

D. JUS. (Adelantándose.) Y dice bien el muchacho, no ha sido él.

SOF. Efectivamente, no ha sido él. Ya ve usted, yo soy la perjudicada, pero lo reconozco.

GUARD. ¡Pues entonces por qué corría! Si estaré yo ciego. ¿No ve usted que estos pilletes se pasan de mano en mano todo lo que pueden robar?

ERN. Pero si es que yo...

GUARD. Silencio digo. Ea, sígueme, que por el hilo descubriremos el ovillo.

ERN. ¡Dios mío, que solo estoy en el mundo!

SOF. ¡Pobre muchacho!

D. JUS. No temas: nosotros vamos contigo, y responderemos por tí, si es preciso.

GUARD. (Empujándole.) Adelante: ya sabré yo ajustarte las cuentas.

D. JUS. Cumpla usted con su obligación, pero no maltrate al chico.

- ERN. ¡Infeliz de mí!
(Vanse Ernesto, Guardia, D. Justo y Sofía. Los transeuntes quedan en grupo comentando lo sucedido.)
- MOST. ¡Que va á decirnos el maldito viejo cuando lleguemos á casa!
- PEL. Pues mira tu, poca cosa hemos perdido.
- MOST. Es preciso averiguar á donde se lo llevan.
- VEN. 2.º (Al vendedor 1.º) ¿Qué ha sido eso?
- VEN. 1.º *Na*: un pillete que lo han *atrapao* con las manos *metias* en un bolsillo que no era el suyo. Como hace tanto frio... ¡*La Correspondencia!* ¡*El Herald!*!
- (Se deshacen los grupos.)

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO



PERSONAJES DE ESTE ACTO

Magdalena —Sofía.—Garza.—Ernesto (hijo.)—Felix.—
D. Justo.—Tío Rufino.—Toñín.—Transeunte 1.º—
Transeunte 2.º—Un criado.

CUADRO IV

LOS DOS MILLONES

Sala corta en casa de D. Felix.

ESCENA PRIMERA

FELIX sentado junto á una mesa de la derecha.

FEL. Verdaderamente la fortuna se ha empeñado en ir jugando conmigo. Cuando después de inútiles pesquisas durante años enteros la casualidad pone en mis manos al hijo de mi difunto tío Ernesto, una torpeza de un instante echa por tierra todos mis planes y me expone á perderlo todo de un solo golpe. Siguiendo las cosas por el camino emprendido, no me extrañaría que el mejor día se me presentase el muñeco de mi primo Ernesto á reclamar la parte que le corresponde en la herencia que me he prometido para mi solo. La culpa de todo, la tiene ese maldito viejo que el diablo

confunda. Soy un torpe en haberle hecho mi cómplice.

ESCENA II

Dicho y Tio RUFINO por el fondo.

- T. RUF. ¿Hay permiso, mi distinguido amigo?
FEL. Permiso y un balazo también si no procuras servirme mejor.
- T. RUF. Vaya, que no pierde usted nunca el buen humor.
FEL. Pues te equivocas, lo tengo perdido completamente hace días, desde que te has empeñado en ello.
- T. RUF. Muy mal paga usted mis afanes, mi señor Don Felix. ¿Nada le dice mi presencia en esta casa?
FEL. Habla, y menos comentarios.
- T. RUF. Bueno, ya sabemos el paradero del señorito.
FEL. Por fin. Ya era hora.
- T. RUF. Modérese usted por Dios, que no se ha perdido el tiempo, desde la noche que desapareció ese dichoso niño. Era imposible averiguar su paradero, desde el momento que no estubo detenido, ni un cuarto de hora siquiera. El caballero aquel salíole fiador, llevándose a su casa en donde permanece aun, convertido en un señorito. La Garza tiene ya las instrucciones necesarias y no se separa hace dos días de las inmediaciones de la casa esperando momento oportuno para dar un golpe de mano. Desgraciadamente. Ernesto no sale á la calle.
- FEL. La cosa ha mejorado algo, pero...
T. RUF. Espere usted, que no he terminado aun. Parece ser que la familia esa que lo tiene recogido, no le es á usted completamente desconocida.
- FEL. Acaba.
T. RUF. Se trata de Don Justo Peral.
FEL. ¡Perall Oh, esto aun nos puede perjudicar.
T. RUF. Al contrario. Nadie sospecha los lazos de parentesco que le unen á usted al huérfano.
FEL. Efectivamente.
T. RUF. Pues bien, para que Ernesto vuelva á caer en

nuestro poder, yo he tramado una farsa en la cual tiene usted repartido un importante papel.

FEL. Veamos.

T. RUF. Sencillamente: que usted visitando á los esposos Peral, siembre la desconfianza respecto á Ernesto, para que no les preocupe la nueva desaparición. Trata usted de que el muchacho salga á la calle solo, que una vez en ella, yo me encargo de lo demás. ¿Comprende usted?

FEL. Comprendo el plan y lo apruebo. Dentro pocas horas yo te prometo que Ernesto saldrá á la calle completamente solo.

T. RUF. Eso es lo que conviene.

FEL. Una vez en nuestro poder, para evitar otro chasco que á los dos nos perjudique, fuera lo mejor lograr su completa desaparición, pues en ese caso se cumple la condición del testamento de su padre, entrando yo en posesión absoluta de la herencia. De este modo podré saldar contigo las bagatelas que me tienes anticipadas. Además, ya sabes el premio que destino á tus servicios.

T. RUF. Sí, sí: lo del dinero me conviene mucho, pero lo de la desaparición forzosa de Ernesto podría dar lugar á mil investigaciones que... Un cadáver no se oculta así como así, y...

FEL. Pues entonces...

T. RUF. Calma, no nos ofusquemos. ¿No impone el testamento como condición precisa para que Ernesto entre en posesión de su herencia, que no haya en su conducta nada que pueda deshonar el nombre de su padre?

FEL. Así es en efecto.

T. RUF. Pues estamos salvados. Yo prometo hacer de Ernesto un redomado pillete, y procurar que se vea comprometido en algo gordo que le cueste una condena.

FEL. Bien pensado, pero...

T. RUF. Respondo del éxito. Toñín se encargará de ello. Precisamente se presenta una magnífica ocasión. Se trata de una, que será sonada. Nada menos que del choque y asalto de un tren.

FEL. ¡Hombrel

T. RUF. Será preciso inutilizar el guarda-agujas, penetrando en su caseta por una ventanilla que fácilmente podrá forzarse. De este modo nos apoderamos de aquel empleado, y disponemos de la aguja en el momento de cruzarse el correo con el de mercancías, para producir el choque Y á rio revuelto...

FEL. No está mal. Pero, ¿y si el guarda-agujas resiste?

T. RUF. Será inútil, por que una vez libre la puerta, los de Toñín le sujetarán. Supongamos lo peor; esto es, que el auxilio de los nuestros se retrase algo por torpeza del chico, y que el guarda, comprendiendo de lo que se trata, las emprendiera contra él, y suponiendo que le matara, nos ahorra todo el trabajo. Entonces nada mas fácil que identificar el cadáver y así se cumplan tambien las condiciones por las cuales le niega su padre el derecho á la herencia. De todos modos salimos ganando. ¿Le parece á usted?

FEL. Digo que no puede estar mejor calculado. Pero para todo esto es preciso que Ernesto vuelva á caer en nuestras manos.

T. RUF. Naturalmente. Principio quieren las cosas.

FEL. Pues ea, no perdamos el tiempo. Esta noche misma visitaré la familia Peral y trataré de que Ernesto salga á la calle.

T. RUF. Lo demás á mi cargo queda.

FEL. Perfectamente.

T. RUF. Astucia, y el porvenir es nuestro. Estoy como siempre á sus órdenes, mi señor D. Félix.

FEL. Adios, viejo sabandija.

T. RUF. ¡Ja, ja, ja! ¡Siempre bromista, siempre bromista!

(Vase el Tio Rufino.)

ESCENA III

FELIX, á poco un CRIADO

¿Qué será esto que el mundo llama conciencia? Apuesto á que nadie lo sabe, con todo y

hablar tanto de ella. Yo doy en creer que la humanidad obra segun son las circunstancias que le rodean. Bah, descansa en paz, mi buen tío Ernesto, ya ves cuantas fatigas paso para cumplir tu encargo al pié de la letra.

CRIADO Señorito.

FEL. ¿Qué ocurre?

CRIADO Una señora pregunta por usted.

FEL. Ha dicho su nombre?

CRIADO No, señor; solo dice que su presencia en esta casa podrá evocar recuerdos por los cuales sabrá usted quien es.

FEL. ¡Evocar recuerdos! No sé... En fin, que pase. (Vase el criado.) ¡Vaya un misterio! El diablo me lleve si acierto á comprender...

ESCENA IV

Dicho y MAGDALENA, trage elegante oscuro.

MAG. Caballero...

FEL. Tome usted asiento, señora. Usted dirá.

MAG. ¿Me reconoce usted?

FEL. (¡Cielos! ¡la madre de Ernesto! La astucia me valga.) No tengo el gusto de recordar...

MAG. Deberé hacerle á usted memoria de una triste escena acaecida ha unos tres años. Momentos terribles en los cuales ví destruidas todas mis esperanzas.

FEL. No comprendo...

MAG. Recuerde usted la muerte de su tío Ernesto, y recordará tambien que una mujer fué arrojada sin compasión de aquella morada. Soy Magdalena Pastor, madre del niño extraviado llamado Ernesto como el que fué su padre.

FEL. ¡Ah! si, en efecto. Dispense usted no la haya reconocido Mas solo la ví unos instantes y en circunstancias bien escepcionales.

MAG. Es cierto. Pues bien, en esta mi visita, cifro todas mis esperanzas de ponerme sobre la pista para hallar á mi hijo. Ese desgraciado que por ideas injustas de su padre, quizás

- sin culpa ninguna por su parte, gime en la miseria.
- FEL. Verdaderamente...
- MAG. Caballero, ¿tiene usted alguna noticia, algún indicio, referente al paradero de mi hijo Ernesto?
- FEL. Señora, sus penas me conmueven, pero nada sé, ni nada puedo hacer por usted.
- MAG. ¡Dios mío!
- FEL. Ignoro completamente el paradero de su hijo de usted, señora; y aun á saberlo, tampoco me sería posible revelárselo.
- MAG. ¿Porque no?
- FEL. Recuerde usted el juramento que me exigió mi tío Ernesto, en los últimos momentos de su vida. Juramento, de que si un día descubriese el paradero de su hijo, procurase por todos los medios posibles ocultárselo á usted, su madre, á fin de que no tenga el consuelo de besar su frente.
- MAG. ¡Pero eso es cruel!
- FEL. Siento muchísimo angustiarla á usted con semejantes revelaciones, pero son absolutamente indispensables para que pueda hacerse cargo de mi situación en tan fatídico asunto.
- MAG. Este ódio es sacrílego. Las venganzas no deben ir más allá de la tumba.
- FEL. Verdaderamente. Pero los juramentos hechos á un moribundo, son sagrados. Por otra parte, á la hora presente, y por más que no he perdonado medio ninguno, no me ha sido posible descubrir el paradero del infeliz niño que al hallarle, debo partir con él la fortuna de mi tío, siempre y cuando no pese sobre él la mancha de algún delito.
- MAG. ¡Esto es horrible! caballero. Cuanto más cercano creo el momento de hallar á mi hijo, parece que la fatalidad me empuja más y más á un abismo de oscuras tinieblas.
- FEL. Yo siento mucho, señora... Pero ya ve usted mi imposibilidad. Dios sabe bien los afanes, sin resultado por desgracia, que me cuesta el hallazgo del desventurado huérfano. ¡Que no diera yo por hallarle!

MAG. ¡Ah, no, no! Permita el cielo que sea yo quien tenga la fortuna de dar con él. El juramento hecho por usted. me horroriza y pone el sello en mi desventura.

FEL Y hasta ahora no tiene usted ningún indicio que pueda dar luz mas ó menos cierta, para...

MAG. Nada caballero, nada tengo que pueda guiar mis pasos. Solo un medallón que quizás se perdiera, podría darme á conocer... identificar el niño... Pero por lo demás, nada he podido descubrir en mis continuadas pesquisas.

FEL Ya digo, siento mucho...

MAG (Levantándose.) Sí, sí, comprendo, se comprende: No le molestaré nuevamente con mi presencia, caballero, ya que no es usted quien puede calmar mi acerbo dolor.

FEL. (Despidiéndola.) Señora...

MAG. Quede usted con Dios, caballero. (Poco hay que fiarse de este hombre.) (Vase Magdalena.)

ESCENA V

FELIX solo.

Con que ya tenemos en juego á la madre. Es natural... Las circunstancias van complicando el asunto. Hay que precipitar los acontecimientos. Magdalena Pastor, yo te, juro que si un día hallas á tu hijo, será bajo la losa de un sepulcro ó tras las rejas de una carcel. Vamos á casa de D. Justo. (Vase.)

CUADRO V

EL BILLETE DE 100 PESETAS

Salón en la casa de D. Justo. Puerta de entrada en el fondo derecha. En el centro gran mirador, con vidrieras cerradas, que dá á un pequeño jardín. En la misma pared del fondo izquierda, balconcillo con balustres de mármol. Puertas laterales. Alfombra, cortinajes lujosos, secreter, Paravent, plantas exóticas, etc. etc.

ESCENA PRIMERA

ERNESTO vestido con elegancia, pero sin afectación, está sentado junto á la mesa de centro, escribiendo en un cartapacio. A un lado SOFIA, de pié.

- SOF. Mira, sigue tu mismo. No aprietes tanto la pluma. Así, así: á ver... Vamos, no está mal. Procura mover la mano suavemente en los perfiles.
- ERN. Soy un torpe; creo que no llegaré nunca á hacer nada de provecho.
- SOF. Muy al contrario... Puedes darte por satisfecho. ¿Ves? ya está mejor.
- ERN. Que buenos son ustedes.
- SOF. Sigue escribiendo tú solito. Volveré pronto: una señora amiga me espera y voy á ver...
- ERN. Es verdad, el criado dijo... Vaya usted, ó si quiere V. que me retire...
- SOF. No, no te muevas: en esta sala estás más recogido. Adios. (Vase segunda derecha.)

ESCENA II

ERNESTO, luego TOÑÍN por la ventana del fondo izquierda.

- ERN. ¡Qué feliz soy! Cuanto me quieren estos señores. Desde el día que me recogieron, salvándome quizás de la cárcel, mi dicha es completa. Don Justo y doña Sofía me llaman hijo. ¡Ah, cuan dulcemente resuena en mis oídos esta palabra! ¡Dios mío, no me desampares! No permitas que vuelva otra vez á verme rodeado de aquella gente indigna y repugnante que creí en un principio mis mejores amigos. ¡Qué gente aquella! Dos horas estuve en su poder y aquel espacio de tiempo, no lo puedo borrar de mi memoria. El tío Rufino con su cara penetrante. Aquellos chicos impertinentes y deslenguados. Y Toñín, sobre todo Toñín, completamente bebido y queriendo pegar á la infeliz Garza. ¡Qué horror!

No sé por que aquel cuadro ha de tomar proporciones tan alarmantes en mi imaginación. (Con pena, dando curso á su fantasía.) Por las noches, en mi cama, entre sueños, creo ver á Toñín... (Toñín salta por la ventana del fondo izquierda, quedándose sorprendido de momento al ver á Ernesto pero reponiéndose prontamente, observa si está solo, y se acerca á él con gran precaución y la navaja abierta.) á Toñín, que cruel y amenazador, llega hasta mí como si quisiera devorarme con una de sus terribles miradas. Bien sé que todo esto es un sueño hijo de mi fantasía; pero algunas veces lo veo tan claro, tan visible que... ¡Ah!

(Repara en Toñín y queda horrorizado.)

Toñ.

¡Sonsi!

ERN.

¿Qué buscas? ¿Qué quieres?

Toñ.

Na: vengo á ver como estás de *salú*.

ERN.

¡Márchate! ¡Márchate!

(Con voz ahogada por la emoción.)

Toñ.

¡Chito! Vas á ver como trabajan los hombres de mi temple. (Se dirige á un mueble, fuerza el secreter y saca de él un fajo de billetes.)

ERN.

¡Qué pretendes! ¡Qué haces!

Toñ.

¡Chito! Tu mira y calla y déjame hacer á mí.

ERN.

Toñín, esto es robar.

Toñ.

No lo creas. Esto es cambiar de sitio unos papeles de colores. (Guardándose los billetes.)

ERN.

¡Oh, yo no puedo permitir... Voy á llamar. ¡Socorro!

Toñ.

Chist... Como grites te escabecho. (Amenazándole con la navaja. Ernesto queda atemorizado.)

ERN.

¡Infame!

Toñ.

Silencio, digo. Si llegas á revelar una sola palabra de cuanto has visto... Date por difunto.

ERN.

Pero es que...

Toñ.

¿Que quieres participación? No te asustes, pronto nos veremos. Lo dicho, un nudo en la lengua, ó un palmo de acero en el cuerpo. Con que, mutis. (Vase por la ventana.)

ERN.

¡Dios mío! (Llorando.) ¡Dios mío! ¡Qué desgraciado soy! Suceda lo que suceda, yo debo decir... (Llorando cae en un sillón como desvanecido.)

¡Ay, las fuerzas me faltan! La vista se me nubla... Estoy temblando de miedo.

ESCENA III

El mismo y D. JUSTO seguido de D. FELIX por la izquierda.

- JUST. Aquí lo tiene usted.
- ERN. Don Justo, yo... (Corriendo á él, pero deteniéndose al ver á un desconocido.)
- JUST. Que ocurre, Ernesto...
- ERN. Nada, nada. (Después diré... Delante de un extraño no me parece prudente...)
- JUTS. Pero qué tienes muchacho? Estás pálido...
- ERN. No, no... Es que me quedé dormido en el sillón y...
- JUST. Eso será. Mira, aquí tienes á este caballero amigo mio, que desea conocerte.
- ERN. Oh, tanto favor...
- FEL. (La misma cara de su padre. No hay duda es él)
- ERN. (¡Cómo me miral!)
- FEL. Preciso es que estés muy agradecido á estos buenos señores por lo que hacen por tí, ¿verdad?
- ERN. Agradecido con alma y vida.
- JUST. Pobrecillo... Crea usted que es un ángel.
- FEL. (Aléjele usted con cualquier pretexto.)
(A don Justo.)
- JUST. Ernesto, vé á mi despacho por unos momentos.
- ERN. Como usted mande. Caballero... (Saludando.)
(Qué inoportuno. No poder decir...)
- FEL. Adios muchacho.
- ERN. (No sé por que este hombre me es antipático.)
(Vase por la derecha.)
- JUST. Y bien, amigo don Félix, ya estamos solos, ¿qué recelos son los suyos?
- FEL. Insisto en lo que le decía á usted, antes de ver á su protegido. Esos muchachos, recogidos en el arroyo, no son más que unos redomados pilletes que con su carita de ángel encubren toda la maldad de sus sentimientos.
- JUST. Oh, no. Mi protegido Ernesto no es un ser vulgar, un perdido de mala sangre, sino un desgraciado, un hijo de la fatalidad, si, pero

- no un encenegado como usted cree. Nos contó su historia, y. . .
- FEL. Si, lo de siempre, una historia de folletín. Ay, amigo mío, bien se conoce que la falta de sucesión en su matrimonio, le hace á usted ver á todos los niños en forma de angelitos llovidos del cielo.
- JUST. Efectivamente. Confieso que tanto mi esposa como yo nos morimos por los niños.
- FEL. Y habiendo hallado á este ya hecho un hombrecillo, les ha parecido á ustedes una alhaja.
- JUST. Pero usted cree. . .
- FEL. (Ya duda.) Mas que creer, afirmo que el llamado Ernesto, no es más que un pillete en toda la extensión de la palabra.
- JUST. Pero su lenguaje correcto, sus maneras. . .
- FEL. A ello me acojo. ¿Usted cree que un chicuelo sin casa ni hogar puede usar un lenguaje tan fino y cortés?
- JUST. Me hace usted vacilar.
- FEL. (Voy ganando terreno) En fin, voy á proponerle á usted una pequeña prueba que nos deje ver claro á los unos y á los otros. No se trata de nada peligroso para el muchacho, y mucho menos de cosa que sea difícil.
- JUST. ¿Una prueba?
- FEL. Muy sencilla. Entregar á su protegido una cantidad, á pretexto de un encargo cualquiera. Estoy persuadido, que al hallarse solo en la calle y con el bolsillo repleto, no aparece más por esta casa.
- JUST. Está usted en un grandísimo error y le faculto para hacer esta famosa prueba. La derrota de usted es cosa segura.
- FEL. Poco tardaremos en persuadirnos en pró ó en contra. (Ya es mío.) ¿Y su esposa Sofía?
- JUST. Se halla de visita; una íntima amiga de colegio á la cual no había visto hacía mucho tiempo y. . . Una tal Magdalena Pastor.
- FEL. (No pudiendo ocultar la sorpresa.) ¿Qué?
- JUST. ¿La conoce usted, acaso?
- FEL. (Aparte.) (Ella aquí y cerca de su hijo! maldita mujer!) No sé, tal vez, en este momento no recuerdo.

- JUST La pobre ha sido muy desgraciada. Obligada por su padre á entregar la mano de esposo á un hombre á quien odiaba, su vida de casada fué un prolongado martirio. Ha tres años que enviudó, y no por eso parecen haber terminado sus sufrimientos, á juzgar por su desdichada salud.
- FEL. Algun remordimiento tal vez. Quien sabe, hay tantos misterios... Las mujeres...
- JUST. ¡Pobre Magdalena! tiene usted propensión, amigo mio, en prejuizar siempre lo peor.
- FEL. Que casi siempre resulta lo cierto.
- JUST. Ah escéptico. Pero vamos al caso, que sin querer nos hemos apartado de la conversación.
- FEL. Es verdad.
- JUST. ¡Ernesto, Ernesto!
- FEL. (Es necesario aprovechar la ocasión.)

ESCENA IV

Dichos, ERNESTO

- ERN. ¿Qué deseaba usted de mí, don Justo?
- JUST. Este caballero desea hacerte un encargo.
- ERN. Disponga usted. (Pasando al centro.)
- FEL. (Saca un billete.) Que te llegues á cambiar este billete de cien pesetas; no tenemos suelto y me parece que eres ya todo un hombre para desempeñar el cometido perfectamente.
- ERN. Ya lo creo
- FEL. (Aparte.) (Cayó en el garlito.) Toma.
(Le da un billete.)
- ERN. Con su permiso, D. Justo.
- JUST. Sí, anda, y no te entretengas.
- ERN. Vuelvo al momento. (Y no poderlo decir...)
(Vase foro derecha.)

ESCENA V

Dichos menos ERNESTO

- JUST. ¿Y esta es la famosa prueba? Ha perdido usted la apuesta, amigo mío.
- FEL. Mejor, tendré en ello una verdadera satisfacción. No le tengo tema al muchacho, pero creo haberle conocido con una sola mirada. Ya verá usted como no tarda un cuarto de hora en reunirse con sus antiguos camaradas, todos juntos se gastarán el billetito alegremente y á vivir, á esperar otra ocasión para hincar el diente.
- JUST. Amigo mío, se despacha usted á sus anchas, fabricando castillos en el aire, pues en nada concreto puede apoyar sus afirmaciones. Ernesto cumplirá su cometido; dentro pocos instantes estará nuevamente entre nosotros, y entonces no tendrá usted otro recurso que cantar la palinodia.
- FEL. Mucho lo dudo; pero pronto quedaremos convencidos uno ú otro. Solo nos resta esperar el tiempo que usted crea preciso para ir y volver en cumplimiento del encargo.
- JUST. El tiempo de fumar un cigarrillo, ni mas ni menos. (Le ofrece su petaca.)
- FEL. Así sea para bien de todos. (Si el Tío Rufino me cumple su palabra, he ganado la partida.)

CUADRO VI

¡POBRE HUÉRFANO!

Telón corto de calle.

ESCENA PRIMERA

TRANSEUNTES, TOÑÍN con capa, y GARZA con abrigo decente y nube ó mantilla. Después ERNESTO

- TOÑ. Pero, *las perdió de vista?*
GAR. Completamente.

- TOÑ. Maldita sea la...
- GAR. Se ha enredao entre los transeuntes, y al volver la esquina de la Corredera se *mascapó*.
- TOÑ. ¿Y *pa* eso *tas* vestío de señora? (Mira por la derecha.) Mirale, allí llega; que no me le dejes, que estoy aquí cerca. (Se oculta.)
- GAR. Creo que ayudo á una mala acción, pero si se figuran hacer lo que quieran de Ernesto, no lo consentiré. (Sale Ernesto.) ¿Aonde va el señorito? ¡Y que majol!
- GAR. ¡Garza, no me detengas; te lo pido por favor.
- GAR. ¡Pues no gastas poco orgullo! (Le coje.)
- ERN. ¡Suéltame!
- GAR. No, eso no; vaya que no *tiés* ni tanto así de co razón. (Algunos transeuntes se paran.) Marcharse de casa sin decir nada á nadie, despreciando á toda la familia. Nuestra madre está muerta de pena por tu calaverada.
- ERN. Es mentira, tu no eres mi hermana.
- GAR. ¡Qué dice! Habrase visto desvergüenza semejante, negar á su familia!
- ERN. Pero es que yo..

ESCENA II

Dichos y TOÑÍN

- GAR. Anda, anda á casa, picarón. Mira, ya está aquí nuestro hermano mayor, él te dirá cuántas son cinco.
- ERN. ¡Toñín!
- GAR. ¡Hola! Parece que le reconoces.
- TOÑ. Ya has *dao* con ese perillán? A casa digo.
- ERN. No, no quiero ir. Nadie me socorre; dejadme, dejadme.
- UNO. ¡Anda á tu casa!
- OTRO. Anda y no seas haragán.
- ERN. Pero si yo... (Llorando.)
- TOÑ. Anda, *condenao*. (Le empuja.)
- GAR. Tu matarás á nuestra pobre madre.
- ERN. Acabarán por volverme loco. (Vanse todos.)

CUADRO VII

¡POBRE MADRE!

La misma decoración del cuadro quinto.

ESCENA PRIMERA

D. FELIX y D. Justo terminando sus cigarros.

FEL. Y bien, amigo mio. Ya lo ve usted; terminó el plazo y Ernesto no vuelve, ¿qué me dice usted á eso?

JUST. Confieso que estoy algo receloso, pero con todo aun no me doy por vencido.

FEL. El tiempo lo dirá. Por mi parte no puedo esperar más. (Levantándose.) Mañana volveré á saber noticias de su protegido.

JUST. Como usted guste. Però es tal el convencimiento que tengo de la bondad de Ernesto, que desde este momento, haciéndome solidario del depósito, voy á devolverle las cien pesetas, con la seguridad de que no puedo perderlas.

FEL. Esta segunda parte es la que menos me interesa; pero solo por llevarle á usted la contraria, me determino á aceptarlas.

(D. Justo va á abrir el secreter; al meter la llave en la cerradura repara que está forzada.)

JUST. ¡Abierto! ¡Es extraño! ¡Cielos!

FEL. ¡Que ocurre!

JUST. La cerradura está forzada.

FEL. ¡Qué dice usted! (Magnífico, todo marcha á pedir de boca. Toñin ha cumplido su doble comisión.)

JUST. Y de aquí falta una cantidad en billetes.

FEL. ¿Ve usted, ve usted como mis juicios no eran aventurados?

JUST. ¡Pero esto sería horrible! ¡Nos habrá engañado con su falta bondad!

FEL. Creo que ahora no le esperará usted ya.

- JUST. No sé... Me parece que á este niño le persi-
gue la fatalidad.
FEL. (Respiremos: vuelve á ser mío.)

ESCENA II

Dichos, SOFIA y MAGDALENA. Felix al ver á Magdalena procura ocultarse.

- SOF. (Desde dentro.) Ven Magdalena, ven; Ernesto debe estar aquí.
FEL. (¡Maldicion! Ya me había olvidado de esta mujer.)
MAG. Perdone usted don Justo, pero su esposa me acaba dedecir que tal vez aquí, entre ustedes, se halla mi felicidad, la dicha, tras la cual voy hace tres años sin poderla conseguir.
JUST. ¡Como es eso, doña Magdalena!
SOF. Luego te esplicaremos. ¿Donde está Ernesto? Creí que se hallaba contigo en esta sala.
JUST. ¡Ernesto! Nó hay que pensar más en ese ingrato.
SOF. ¡Como!
MAG. ¡Que dice!
JUST. Que acaba de desaparecer hace pocos momentos, robándonos una cantidad en billetes, forzando el secreter.
MAG. ¡Jesús! ¡Mi hijo! (Cae desmayada.)
JUST. ¡Que ha dicho!
SOF. ¡Desgraciada amiga mía! Es su madre.
JUST. ¡Es posible!
SOF. Sí, según todos los indicios, Ernesto es el hijo que llora perdido.
FEL. (He ganado la partida. Soy dueño absoluto de la situación.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO



PERSONAJES DE ESTE ACTO

Magdalena.—Garza.—Toñín.—Tío Rufino.—Pelón.—
Mostaza.—Ernesto.—Mozos 1.^o y 2.^o—Un viajero.—
Un niño.—El del despacho.—Doctor.—Roque.—Cor-
cho.—D. Justo.—Oficial de la G. C.—Viajeros.—In-
dividuos de la G. C.

CUADRO VIII

GARZA Y TOÑÍN

La misma decoración del acto primero, cuadro segundo.

ESCENA PRIMERA

TIO RUFINO y TOÑÍN

- T. RUF. ¿Con que dices que todo está dispuesto?
Toñ. *Too* está á punto de natillas. El negocio es de los gordos, y ya comprenderá usted que es preciso no andarse con infundios que estorben el paso.
- T. RUF. ¡De modo, que tu crees!...
Toñ. Aseguro que *too* saldrá á pedir de boca. El tren 55 y el mercancías, se cruzan á dos kilómetros de la estación. Sorprendemos al guarda-agujas. *Ajuntamos* el desvío, damos la señal de via libre, se produce el choque, se

- arma el gran terremoto, me introduzco con los chicos entre los pasajeros, y con la excusa de prestar auxilio... no hay más que *pillar* y *guardár*. ¿Está usted maestro?
- T. RUF. Estoy atónito por tu valentía y tu elocuencia: hablas como un libro.
- TOÑ. Es justicia, maestro.
- T. RUF. ¿Y Garza sabe?...
- TOÑ. *Na*: á las mujeres hay que tenerlas siempre á media *ración*, como á los perros de caza.
- T. RUF. Conforme. Ya sabes, según costumbre en las grandes solemnidades, esperaré tus noticias en los sótanos del Mesón del Manco.
- TOÑ. Me parece bien: allí no corremos ningún peligro.
- T. RUF. Ya lo creo, aquello es seguro. Voy á prevenir á los chicos. (Vase por la derecha.)
- TOÑ. Bueno: ahora el pajarito y al avio... ¡Garza!

ESCENA II

TOÑÍN y GARZA

- GAR. ¡Que ocurre!
- TOÑ. Que saques á Ernesto de su gazapera.
- GAR. ¡Que quereis de él!
- TOÑ. *Na*... enseñarle á cazar moscas.
- GAR. Vosotros algo malo tramais contra el chico. El pobre no puede tenerse en pié... Ya se ve. Tres dias sin probar *bocao*... Te aseguro que no podrá andar dos pasos sin caer *desfallecio*.
- TOÑ. ¡Y á tí que te importa!
- GAR. Me importa, ya lo creo que me importa. El pobre chico no es de nuestra *maera*. Por mi culpa vuelve á estar entre nosotros, y sabe Dios que me arrepiento de haberos *ayudao* á sacarle de aquella casa donde estaba como un príncipe.
- TOÑ. ¡Pues por que nos ayudaste!
- GAR. Por que...
- TOÑ. Acaba... por que estás *enamorado* de él ¿verdad?
- GAR. ¡Infeliz de mí! No soy digna de tamaña gloria.

- TOÑ. ¡Ab perral que palabrillas más dulces empleas tratándose del Pajarito Nunca me has dicho eso á mi.
- GAR. Por que yo á ti te quiero, te queria de otro *moo*.
- TOÑ. Se comprende: á mi me querias por las circunstancias náuticas de mi persona.
(Con fatuidad.)
- GAR. Imbécil.
- TOÑ. Garza, cuidao con la lengua.
- GAR. Sí: antes te quería tanto, tanto... como ahora te aborrezco.
- TOÑ. Muchas gracias y espresiones á tu familia.
- GAR. Búrlate, búrlate. Pero Ernesto no saldrá de esta casa *asín* me maten. Y te advierto que lo sé *too, too...*
- TOÑ. ¡Que sabes tú!
- GAR. Sé lo que hiciste en la casa donde estaba *recogio*, sé que se le acusa de robo, sé que queréis perderlo, quizás matarlo; mas yo estoy dispuesta á protegerle hasta con mi vida.
- TOÑ. Pues con saber tanto, aun no sabes lo mejor, y esto es, la paliza que te has *ganao* con tus *esplicaeras* y desplantes.
- GAR. ¡No me toques, porque estoy *preventia* á *too*.
(Sacando un puñal.)
- TOÑ. ¡Demonio! Ya verás tu como te corto las uñas.

ESCENA III

Dichos, TIO RUFINO, PELON y MOSTAZA

- T. RUF. ¡Siempre lo mismo! Siempre riñendo como perro y gato.
- TOÑ. ¡Pero no sabe usted maestro lo que se propone esta *condená!*
- T. RUF. Alguna zalamería propia del amor que te profesa.
- GAR. No, no: no le quiero ya, le aborrezco.
- T. RUF. Nubes de verano
- GAR. Le aborrezco, le detesto, como os detesto á *toos* vosotros; como detesto tambien esta *via*

- que llevo por culpa vuestra. Si, vosotros tenéis la culpa de que yo sea quien soy, una *perdida*, una cualquiera. Yo no puedo salvarme, ya lo sé, pero estoy dispuesta á salvar á Ernesto de los lazos que le preparais. ¡Infames!
- TOÑ. ¿Eh, qué tal? ¡Qué le *paece* á usted el discurso, maestro!
- T. RUF. ¡Pero está loca esta chical
- GAR. No estoy loca, no. Digo y repito que Ernesto no sale de esta casa sin que yo sepa á donde lo conduciréis y qué se quiere hacer de él.
- T. RUF. Escucha Garza, Ernesto... (Acercándose.)
- TOÑ. *Cuidao*, maestro, que tiene un puñal.
- T. RUF. (Retrocediendo.) ¡Carapel! ¡Con que esas tenemos! (Con fiereza, completamente transformado del carácter bonable.) ¡Garza! ¡Garza! Mira lo que haces, Garza! Ya me conoces y... (Volviendo á su tonillo plácido.) Vamos, Garza, sé razonable... Entrégame ese puñal, abre á Ernesto, que nada malo se le hará... y calma tus nervios, que estás muy nerviosa, muy nerviosá.
- MOST. (Aparte á Garza.) (Haz lo que te diga y confía en mí.)
- TOÑ. ¿Has oído Garza?
- GAR. Sí... sí... pero .. (Atemorizada.)
- MOST. (No resistas, que te pierdes.)
- T. RUF. ¡Garza! (Con fiereza.)
- GAR. Si se me asegura que Ernesto no sufrirá mal alguno...
- T. RUF. Que ha de sufrir criatura, que ha de sufrir. Un paseito para hacer ejercicio... y nada más.
- TOÑ. Eso: y *na* más.
- T. RUF. Por Dios, hija, no te pongas así... ¡Esta chica es una fierecilla!... Vamos, vamos, venga el puñal...
- MOST. (*Dalo*.) (Garza entrega el puñal al Tio Rufino.)
- T. RUF. Ahora, abre á Ernesto y aquí no ha pasado nada.
- MOST. (Abrélo.) (Garza abre el cuarto de la izquierda.)

ESCENA IV

Los mismos y ERNESTO

- T. RUF. Acércate, Ernesto: acércate sin miedo.
- ERN. ¡Qué quieren ustedes! ¿Qué pretenden de mí?
- T. RUF. Nada malo, hijo mío; todo lo contrario.
- ERN. Dejádme, dejádme morir aquí solo. No quiero nada de ustedes. ¡Aun no me han hecho sufrir bastante! Dejádme morir tranquilo y les perdono todo el mal que me han hecho.
- TOÑ. Bueno: conforme con los perdones y conforme en que te mueras... un día ú otro, pero ahora es preciso que te vengas con nosotros.
- ERN. ¡Con vosotros! ¿A dónde?
- T. RUF. A dar un paseíto por las afueras para que te dé el aire.
- TOÑ. Sí, hombre, *pa* quitarte la polilla.
- PEL. Anda, y no seas lila.
- ERN. Todos me abandonan, todos. (Hasta tu Garza que decías...)
- GAR. (Silencio.)
- T. RUF. Vaya, vaya, echa un traguito para coger ánimo, y en marcha. (Con una botella y vasos que habrá sacado por la puerta izquierda.)
- ERN. No quiero nada.
- TOÑ. (Bebe y no te comprometas.)
- GAR. (Obedece.)
- MOST. (Confía en mí.)
- ERN. (¡Qué es esto!)
- T. RUF. Toma, bebe este néctar, que ni los Dioses del Olimpo beben cosa mejor. (Dándole un vaso.)
- ERN. (¡Será venenol)
- GAR. (Aparte á Ernesto.) (No ves que los demás tambien beben?)
- TOÑ. A ver, arrime su señoría ese peleón del limbo, que somos tambien cristianos. No, á mí no me tase usted la *media*.
- T. RUF. Cuidado, Toñín, cuidado, que tú tienes mal vino y hoy necesitas trabajar con serenidad.
- TOÑ. No hay miedo, soy hombre fuerte, y además esto inspira. (Bebe.)
- T. RUF. Y vosotros, tomad tambien ún traguito.

- PEL. Gracias, maestro. (Beben.)
MOST. Gracias.
TOÑ. Ea, ya estamos andando. (Al tío Rufino.) (Encierre usted á Garza por lo que pudiera suceder.)
T. RUF. (Tienes razón, me llevaré la llave.)
TOÑ. (Es lo mejor.)
T. RUF. (Ya sabes, espero noticias en el Meson del Manco.)
TOÑ. (Si, en los sótanos.)
GAR. (Mucho secretean.)
TOÑ. Vaya, muchachos, ya estamos aquí de más En marcha: andando se quita el frío. •
ERN. (Pero á donde me llevan?) (A Garza y Mostaza.)
GAR. (No sé, pero confía en mí)
MOST. (No chistes.)
T. RUF. Pasad, hijitos, pasad... y buena suerte.
PEL. Así sea, maestro.
TOÑ. Así será. Vamos. (A Garza que le sigue.) No, tú te quedas.
GAR. Yo..
T. RUF. Sí, Garza, tú no sales esta noche.
GAR. ¿Por qué?
T. RUF. Por que, no. (Con firmeza.)
GAR. (Too se ha perdido. Protegedle, Dios mío.)
(Vanse, cerrando la puerta.)

ESCENA V

GARZA

¡Y me encierral! ¡Qué es esto! ¡Qué irán á hacer con Ernesto! ¡Qué intentarán esta noche! Aquí pasa algo extraordinario que no me acierto á explicar... Las revelaciones de Mostaza me hacen presumir que .. ¡Habrá querido engañarme! ¡Estaría ya *confabulao* con el Tío Rufino para no dar escándalo! No sé... Mostaza no tiene mal fondo, pero... ¡Porque han marchado echando la llave! ¡Qué suplicio! ¡Me ahogo de angustia! Si pudiera escapar, seguirles la pista! ¡Eh! ¡Abren la puerta! ¡Quién será!

ESCENA VI

GARZA y MOSTAZA

- MOST. Silencio, Garza, soy yo.
GAR. ¡Tú! ¡como es eso!
MOST. He *pillao* la llave al tío Rufino, y vengo para salvar á Ernesto.
GAR. Pero tú...
MOST. Yo no soy tan malo como parezco, no lo soy, Garza. Si tú te interesas por Ernesto, yo también quiero hacer algo por él, y por tí, Garza, por tí, que siempre me has *distinguido*.
GAR. ¡Pero, y Ernesto! ¿Dónde está Ernesto? ¿Que quieren hacer con él?
MOST. No lo sé; lo único que puedo decirte es que *toos* van hacia la via del ferro-carril.
GAR. ¡Ahl ¡ya comprendo! Quieren matar á Ernesto. Corramos á salvarlo.
MOST. Salvarlo, sí; pero nosotros solos...
GAR. ¡Ah, que ideal! Vamos á casa de don Justo, él nos ayudará.
MOST. ¡Don Justo! ¡Quien es ese don Justo!
GAR. El señor aquel que recogió á Ernesto, y de cuya casa le apartamos nosotros.
MOST. Tienes razón.
GAR. Le esplicaremos lo del robo de Toñín y lo que hicimos para sustraer al pobre chico. Si don Justo se interesa por él, no dudes que nos protegerá.
MOST. Si, si, dices bien.
GAR. ¿Tu sabes fijamente el lugar á donde se dirigen?
MOST. El lugar no lo sé, pero sé el punto de reunión.
GAR. ¡Dondel
MOST. En la propia casa de Roque y el Corcho.
GAR. ¡Como! ¿Están *conchavaos* con ellos?
MOST. Seguramente.
GAR. ¡Ahl Pues entonces algo gordo traman.
MOST. Así lo creo.
GAR. No hay tiempo que perder. Corramos á casa de don Justo; él nos salvará á todos. Vamos
MOST. Vamos. (Vanse.)

CUADRO IX

IA MADRID!

Sala de espera, en una estación de tercer orden.
Puerta al fondo que dá al andén.
Despacho de billetes, en el fondo izquierda.
Carteles, avisos del ferro-carril y anuncios varios.

ESCENA PRIMERA

MOZOS del ferrocarril 1.º y 2.º. VIAJEROS.—UN VIAJERO con un NIÑO.—EL DEL DESPACHO

EMP. 1.º Paso, paso. (Con un baul á cuestas.)
EMP. 2.º Avía, avía, qué el Correo trae mucha faena.
EMP. 1.º Todo se andará.
EMP. 2.º Al paso que llevas...
EMP. 1.º Es que tu eres una pólvora.
EMP. 2.º Y tú un plomo. (Vase.)
VIAJ. Ya han abierto el despacho de billetes. (Los viajeros formanda hilera van tomando sus billetes.)
Madrid, tercera. (Se oye el ruido de marcar el billete). ¿Este niño, paga?
EL DEL DES. Medio billete.
VIAJ. Pero si es tan chiquito; pesa poco.
EL DEL DES. Pues factúrelo usted.
VIAJ. Quiero decir, que puedo llevarlo encima las rodillas, que no ocupará asiento.
EL DEL DES. Medio billete.
VIAJ. Pero...
EL DES DES. Medio billete.
VIAJ. ¡Uy que genio!
NIÑO. ¡Papá, quiero un bollo!
VIAJ. ¡Ay, que niño este! (Vánse Viajero y niño.)

ESCENA II

Dichos, sin que cese el movimiento. DOCTOR y MAGDALENA y MOZO 1.º con equipaje, después va á comprar los billetes.

MAG. Cuanto le molesto á usted, ¿verdad. Doctor?
Doc. No lo crea usted, señora, me complazco en

serle útil á usted, en memoria de mi buen amigo Ernesto. Mucho sufrió durante su triste existencia. Mucho debo al padre, justo es que haga algo en beneficio del hijo.

MAG. Gracias doctor, muchas gracias. Ya ve usted, durante tres años, esto es, desde la muerte del que fué padre de mi hijo, ni un momento he cejado en mis pesquisas ¡Todo inútil! Y lo peor es que todas las puertas se me cierran, todos mis conocimientos, todas las personas allegadas al difunto padre de mi hijo, esquivan mi presencia.

DOC. ¡Usted cree!...

MAG. Mi calle de la Amargura no tiene fin. Afortunadamente he podido averiguar el paradero de usted, doctor, y en usted confío hallar...

DOC. Un amigo en todo, señora. La pérdida del niño Ernesto, nunca me ha sido indiferente. Nada hasta ahora, he podido hacer en su provecho, pues durante más de dos años he navegado en calidad de médico en un vapor trasatlántico. Cansado de viajar me retiré á este, mi pueblo nativo, en donde no esperaba...

MAG. Que viniera á destruir su tranquilidad, ¿no es cierto?

DOC. No, señora, no: repito que estoy dispuesto á servirla á usted, en todo lo posible.

MAG. Pero este viaje, que solo por mí verifica usted á Madrid...

DOC. Madrid está cerca, señora, allí tengo familia, y ninguna molestia me causa... Por otra parte, los vecinos de este pueblo gozan de una salud envidiable y... Vaya, vaya, no pensemos más en mí, para dedicarnos exclusivamente á lo que á su hijo Ernesto se refiere.

MAG. Cuan bueno es usted doctor.

DOC. Por lo pronto, sabemos que el niño no ha muerto, pues según me ha dicho usted, en ninguna parroquia consta su defunción, ¿no es esto?

MAG. Así es, según mis investigaciones por Madrid.

DOC. Pues bien, nuestros primeros pasos han de ir dirigidos en busca de D. Felix, el sobrino de...

MAG. Ya he recurrido á este medio. Don Felix tiene el doloroso encargo de alejarme de los brazos de mi hijo

DOC. ¿Cómo es eso?

MAG. Un juramento hecho á su tío, dice le veda de prestarme su apoyo en este asunto. Es más, he llegado á creer que no le conviene la aparición de mi hijo, por tener que partir con él las riquezas del difunto.

DOC. ¡Oh, esto es horrible!

MAG. El corazón de una madre pocas veces se engaña. Hasta sospecho que Félix sabe algo del actual paradero del niño.

DOC. Esas sospechas, confieso que van ganando terreno en mi cerebro, pero no tema usted, señora, si el hijo de mi amigo es víctima de una calculada infamia, yo juro no cejar hasta desenmascarar á los culpables.

MAG. Y yo le deberé á usted más que la vida.

(Oyese la campana de la Estación, la corneta del guarda-agujas y el silbato del tren.)

Mozo 1.º Los billetes; el tren está para llegar.

DOC. ¿No se cruzan aquí con el de mercancias?

Mozo 1.º No, señor; eso era antes. Hará como cosa de un mes que se cambiaron las horas de salida. Ahora se cruzan á dos kilómetros de la Estación.

MAG. Vamos, vamos, me siento fatigada.

DOC. Es natural: emoción tras emoción.

Mozo 1.º Ya está aquí el tren. (Llega el tren. Movimiento general. Voces en el Anden. Timbre continuo.)

DOC. Toma. (Dándole propina.)

Mozo 1.º Muchas gracias, señorito.

DOC. Vamos.

Mozo 1.º Que tengan ustedes un feliz viaje.

MAG. Dios lo quiera.

DOC. Gracias.

Voc. DENTRO. Agua, quien pide agua. Aguardiente y agua. (Gran movimiento entre los viajeros. Toque de campana, etc., para la salida del tren.)

VOZ DENTRO. Señores viajeros al tren.

VIAJ. ¡Jesús, no dan tiempo ni para santiguarse!

(No encuentra el billete, le caen los bultos, el niño llora. Por fin entrega el billete. El Empleado lo taladra. Tiene las manos ocupadas, toma el billete con la boca

y muerde al empleado. Campana, pitos y marcha el tren.)

Mozo 1.º Ea, se acabó el barullo.

Mozo 2.º Sí, hasta que *allegue* el 55, el mercancías.

Mozo 1.º El mercancías no da tanto mareo. ¿Vienes tú?

Mozo 2.º ¿A donde?

Mozo 1.º A echar unas copas.

Mozo 2.º ¿Tu convidas?

Mozo 1.º Y tu pagas.

Mozo 2.º ¡Ay que gracial!

Mozo 1.º Aligera y vamos.

Mozo 2.º Vamos.

CUADRO X

EL CHOQUE DE TRENES

Paisaje cercano á un pequeño pueblo. En el foro la linea férrea cruza la escena. En primer término á la izquierda, la caseta del guarda-agujas, formando cuerpo saliente. Noche oscura y lluviosa.

ESCENA PRIMERA

TOÑÍN, ERNESTO y PELON por la derecha.

TOÑ. Por fin hemos llegao ya.

ERN. (Qué irán á hacer conmigo.)

PEL. (A Ernesto que lo trae sujeto por el brazo.) Siéntate, que tengo el brazo *partio*.

TOÑ. (Mira el reloj.) Poco tiempo nos queda. Oye, Pelon; piano, pianito, llégate hasta la curva y tira dos piedras á la via. Esta es la señal.

ERN. ¡Si querrán deshacerse de mi, sujetándome á la vial!

PEL. ¿Están ya aguardando?

TOÑ. Asi lo creo, por que es ya la hora. Al avio, que vengan Roque y el Corcho.

PEL. (Escucha por la derecha.) Alguien se acerca.

TOÑ. Mucho ojo. (Se esconden por la izquierda.)

ESCENA II

Dichos, ROQUE y CORCHO; son dos tipos repugnantes.

- ROQ. Me había *parecio*...
- COR. Si nos aburriremos sin hacer *na* de provecho...
- TOÑ. (Saliendo.) ¿Sois vosotros?
- ROQ. Los *mesmos*
- TOÑ. No perdamos el tiempo.
- ROQ. ¿El chico?
- TOÑ. Aquí está.
- ROQ. Ajá! Pero *compare*, ¿de donde ha *zalia* ese muchacho que *paece* una sombra? ¿Porque no has traído á Mostaza? Aquel es listo y podría...
- TOÑ. Mostaza, no sé lo que ha sido de él.
- PEL. Ha desaparecido al salir de Madrid.
- TOÑ. Menuda paliza le espera cuando vuelva. Despachemos, Roque, á ver si logras abrir...
(Roque abre la ventanilla de la caseta. Todos guardan silencio.)
- ROQ. Ya está.
- ERN. (¡Pero que van á hacer, Dios mío!
(Mira horrorizado.)
- ROQ. El chico.
- TOÑ. Ahora ven tú. (A Ernesto.)
- COR. A tí es. (A Ernesto.)
- TOÑ. Escucha: tu penetras por la ventanilla y sin hacer ruido, abres la puerta por dentro: solo has de correr un cerrojo. Lo demás es cuenta nuestra. (Mostrando la navaja.)
- ERN. ¡Que yo!... (Horrorizado.)
- ROQ. Si hombre, *na mas zencillo*.
- ERN. (Con energía.) ¡Ah no, no; yo no quiero hacer eso!
- TOÑ. ¡Que tú no quieres!
- ERN. No, y mil veces no: que me maten primero.
- TOÑ. Es que antes de que te maten tendrás que obedecerme. Aprisa y sin chistar.
- COR. Que se hace tarde.
- ROQ. Quien con niño *zacuesta*...
- TOÑ. (Fuera de sí.) ¡Entra, condena! ¡Maldita sea tu madre!
- ERN. ¡Mi madre! ¡Qué has dicho! (Fuera de sí como

herido por un rayo.) ¡Dios mío, dadme fuerzas (Todos le miran estupefactos. Toñín sonríe.) para ahogar á este infame entre mis manos!

(Se arroja sobre Toñín, este rechaza el golpe y hace caer á Ernesto, sobre una piedra dejándolo sin sentido.)

TOÑ. Toma, por charrán.

ERN. ¡Ay! (Cae.)

COR. ¿Qué has hecho, Toñín?

TOÑ. ¿Pero tú has visto el mocosuelo?...

ROQ. Vaya, que tiene génio.

TOÑ. *Mía* tú de que le ha *servío*

(Bocina de aviso dentro y trepidación de tren muy lejano. Melopea en la orquesta.)

COR. Los trenes se acercan, hay luz en la caseta.

TOÑ. Hemos perdido un tiempo precioso. Somos hombres decidíos pa *too*, ¿no es eso? Pues bien, tu Pelón, cambia la aguja mientras nosotros nos apoderamos del guarda.

ROQ. ¿Estamos toos?

TOÑ. Sí

ROQ. (Mirando á la caseta.) Va á salir.

(Colócase uno á cada lado de la caseta. Sale el guarda, échanse encima de él, le tapan la boca, dejándolo atado y tendido en el suelo, apoderanse del farol y vanse. Oyese el silbido del tren.)

ESCENA III

GARZA, MOSTAZA, D. JUSTO, OFICIAL DE LA GUARDIA CIVIL, cuatro individuos y Policía. Luego heridos entre ellos MAGDALENA. TOÑÍN escondido.

MOST. Por aquí deben estar.

OFIC. Nadie se vé. Guardias, registrad estos alrededores. ¡Ay de vosotros si nos babéis engañadol

GAR. Juro por la memoria de mi madre que hemos dicho la verdad.

MOST. La verdad pura.

TOÑ. (Oculto.) (Garza y Mostaza nos han vendido. Ay, si les cojo.)

GAR. (Encuentrá el cuerpo de Ernesto.) ¡Miren ustedes, aquí está Ernesto!

JUST. ¡Herido!

- GAR. ¡Pobre muchacho!
(La trepidación de los trenes va en aumento.)
- OFIC. Los trenes se acercan. ¿Dónde está el guarda-agujas?
- MOST. Aquí hay un hombre tendido. (Por el Guarda.)
- OFIC. ¡A ver! ¡El guarda-agujas! (Los individuos le levantan.) Ya comprendo. El crimen de estos infames es mayor de lo que creemos. Pronto, aquí todos.
- JUST. Los trenes avanzan á gran velocidad. Hagamos señal á los maquinistas. ¡El peligro es inminente! (Han desatado al guarda-agujas.)
- GUAR. ¡Pronto, el farol! (Vase corriendo)
- JUST. Es tarde. Apartémenos.
(Oyense horrorosos silbidos y gritos.)
- TODOS. ¡Alto! ¡Alto!
- JUST. ¡Ya no hay remedio!
- TODOS. ¡Jesús!
- (Llegan los dos trenes. Chocan con gran estrépito de hierros, maderas y cristales. Revientan las calderas de las máquinas. Escapes de vapor, gritos en los vagones que se hacen astillas. Ayes de dolor, etc., etc.)
- OFIC. Socorramos á los heridos.
- JUST. Sí, pronto.
- GAR. ¡Dios de misericordia!
(Salen varios heridos; entre ellos Magdalena y con ella el Doctor.)
- DOC. Es una ligera herida, no hay cuidado. Está desmayada.
- JUST. ¡Qué veo! ¡Doña Magdalena!
- OFIC. Traslademos los heridos á la estación inmediata.
- GAR. ¡Too esto es obra del Tío Rufino y Toñín!
¡Malditos sean! (Cuadro.)

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO CUARTO

PERSONAJES DE ESTE ACTO

Magdalena —Garza.—Ernesto (hijo).—Felix.—Tío Rufino.—Toñin.—Mostaza.—D. Justo.—Mozo 1.º—Mozo 2.º—Oficial de la G. Civil.

CUADRO XI

DESPUES DE LA CATÁSTROFE

La misma decoración del cuadro noveno.

ESCENA PRIMERA

MOZOS 1.º y 2.º empujando á varios curiosos que asoman por la puerta del foro.

Mozo 1.º ¡Eh, no se puede pasar! Vaya una curiosidad!

Mozo 2.º Fuera todo el mundo. Los heridos no están aquí. Fuera. (Cerrando la puerta.)

Mozo 1.º Has visto tú! Si *paece* la estación un hospital de sangre (Con intención.)

Mozo 2.º Alguien habrá hecho su agosto entre el revoltijo de la gente.

Mozo 1.º Lo creo. Se necesita tener mala entraña para... La horca es poco castigo para los culpables del choque. De los maquinistas no ha *quedao* ni tanto así. Qué horrible catástrofe... Hasta el cielo parece que llora la desgracia.

MOP. 2.º Verdad es; el tiempo está lluvioso y amenaza tempestad.

ESCENA II

Dichos, el DOCTOR y D. JUSTO, por la puerta izquierda.

- JUST. ¿Le parece á usted doctor que no corre peligro esa señora?
- DOC. Las heridas se reducen á pequeñas lesiones. Nada debemos temer por ese lado; en cambio, me guardaré bien en dar seguridades acerca su estado moral. La pobre ha sufrido tanto ..
- JUST. Me consta, y no parece sino que después de la mano del diablo que ha preparado la hecatombe, la mano de Dios ha venido para favorecerla.
- DOC. No comprendo...
- JUST. Es esta una dolorosa historia que...
- DOC. ¿Se refiere usted á doña Magdalena?
- JUST. Sí: á ella y á un niño perdido, hijo suyo que ha buscado inútilmente durante tres años.
- DOC. Verdad es: precisamente, ella vino á buscarme á este pueblo para que prestase mi débil apoyo en favor de su hijo, en sus continuadas pesquisas.
- JUST. Pues bien, ese hijo, estoy casi seguro que se halla entre nosotros.
- DOC. ¡Cómo! ¡Será posible!
- JUST. Luego hablaremos de ello.
- Mozo 4.º ¿Manda algo el señor doctor?
- DOC. Sí: es preciso que la señora esa que viajaba conmigo, se la aparte de los demás heridos. La vista de tanta desgracia podría perjudicarla.
- Mozo 4.º La podríamos traer aquí, porque las habitaciones del Gefe, están *toas* llenas de heridos.
- DOC. Es lo mejor. Aquí no verá nada que la recuerde la catástrofe... Vengan ustedes...
- Mozo 2.º Por aquí llegamos antes. (Vanse por el fondo.)

ESCENA III

D. JUSTO, á poco GARZA y MOSTAZA, por la izquierda
luego TOÑÍN por el fondo.

JUST. ¡Pobre amiga mía! La Providencia parece que viene al fin en su auxilio.

GAR. ¿Está usted aquí, señor?

JUST. Ah, sois vosotros.

GAR. Los mismos.

MOST. Los propios.

JUST. Y Ernesto?

GAR. Ya ha vuelto en sí.

JUST. Tu puedes hacer mucho aun, por ese pobre muchacho, Garza.

GAR. Estoy dispuesta á *too*.

MOST. Y yo tambien.

JUST. ¿Conservais algún apego á vuestra pasada vida?

GAR. Bien sabe Dios lo que deseaba salir de ella.

MOST. Haremos lo que usted nos mande.

GAR. Todo lo que usted nos ordene. Mucho miedo tengo al Tío Rufino y á Toñín, pero si usted nos ampara...

TOÑ. (Asomando la cabeza.) (*Paece* que hablan de mí.)

MOST. Eso, si usted nos protege...

JUST. No tengais recelo ninguno: yo no os abandonaré.

MOST. El Tío Rufino es *mu* malo.

GAR. Con su carita de santo.

MOST. Ya... ya... Es un santo de palo.

JUST. A propósito del Tío Rufino: creo recordar, que antes me has dicho que esta noche el Tío Rufino, debería hallarse en...

GAR. En el mesón del Manco: un caserón muy antiguo, cerca de la carretera real.

JUST. ¿Estás bien segura de lo que dices?

GAR. Segura.

MOST. Sí señor, si; esta es la órden que el Tío Rufino dió á Toñín. «Te espero en el mesón».

TOÑ. (Malditos!)

MOST. Allí tambien debe hallarse un caballero que siempre chismorrea con el Tío Rufino.

- JUST. ¡Como sabes todo eso muchacho!
- MOST. Toma, por Toñín, que cuando está *bebio*, lo canta *too*.
- TOÑ. (Así te ahorquen.)
- JUST. ¿Has dicho la verdad?
- MOST. Por estas, que son cruces.
(Besando los dedos puestos en cruz.)
- JUST. Ve á decir al señor oficial de la Guardia Civil, si quiere hacer el favor de llegarse hasta esta sala.
- MOST. Volando. Hablando con el Gefe de la Estación le dejé, *enantes*, de venir yo.
(Vase por la izquierda.)
- TOÑ. ¡Los civiles! ¡Malos! Con estos no quiero bromas.
(Desaparece.)
- GAR. ¿Que intenta usted hacer?
- JUST. Combinar un plan para que caigan en poder de la justicia los infames malhechores.
- GAR. Así sea para el bien de Ernesto y de todos nosotros.
- JUST. Silencio Aquí está ya el señor oficial.

ESCENA IV

Dichos, OFICIAL DE LA GUARDIA CIVIL y MOSTAZA
por la izquierda.

- OFIC. Me ha dicho este muchacho...
- JUST. Que deseaba hablar con usted, es cierto. Dispénseme que le haya hecho venir hasta aquí: pero allí con tanta gente...
- OFIC. Se comprende; diga usted.
- JUST. Se trata de dar un buen golpe de mano en el mesón del Manco. ¿Sabe usted donde está situado?
- OFIC. Ya lo creo. Ese es un edificio que me ha inspirado siempre muchos recelos, pero hasta ahora...
- JUST. Pues allí es donde podremos hallar al autor del choque de trenes. Para ello es necesario que nos adelantemos á los espías que pudieran dar aviso de lo sucedido.
- OFIC. Así lo creo.

- JUST. Afortunadamente, tenemos á nuestra disposición la máquina piloto que ha conducido al tren de auxilios: solo nosotros podemos disponer de este medio, para llegar cuanto antes al Mesón y preparar una sorpresa, á pesar de la tempestad que nos amenaza.
- OFIC. Voy á dar la orden oportuna. (Vase izquierda.)

ESCENA V

Dichos, DOCTOR, GARZA, MOSTAZA y los dos mozos que traen en un sillón desmayada á MAGDALENA. MOZO 1.º con botiquín.

- DOC. Déjenla ustedes aquí.
- JUST. No es de gravedad su desmayo, ¿eh, doctor?
- DOC. No tema usted, no hay peligro. Sin embargo quisiera...
- JUST. Diga usted.
- DOC. Me ha hablado usted de un niño...
- JUST. Sí, Ernesto. Entre nosotros se halla.
- GAR. ¡Cómo! Esta señora es...
- JUST. Tal vez su madre.
- GAR. ¡Dios mío! pobre señora. Oiga usted; el tío Rufino guarda un medallón que le entregó Ernesto la noche que los chicos lo trajeron.
- JUST. ¿Un medallón?
- GAR. Sí, dijo que era de su madre.
- JUST. Es necesario que procures apoderarte de él; si es una prueba, quiero que seas tu misma quien la entregues á su desgraciada madre.
- GAR. (Si yo pudiera. .)
- DOC. Amigos míos, retírense á la habitación contigua con el presunto hijo de esta señora, á fin de estar á sus órdenes. (Magdalena hace un movimiento.) Va á volver en sí. Es preciso que vea la menos gente posible.
- JUST. Sí. Vamos. (A Garza.) Voy á enterarte del plan que he concebido á fin de lograr nuestro objeto.
- GAR. Usted dirá.
- MOST. Mande usted. (Vanse por la derecha.)

ESCENA VI

DOCTOR y MAGDALENA

- DOC. (Haciéndole oler un frasco y frotándole las sienas.) Ya vuelve á la vida. Se restablece la circulación. Magdalena, me conoce usted?
- MAG. Ah, doctor, mi buen doctor. ¡Qué sueño más horrible el mío! Mi hijo, mi querido hijo Ernesto, yerto á mis piés!... Ah, cuan desgraciada soy.
- DOC. Si llorara, estaría salvada. Llore usted, señora, llore usted. Este llanto es el bálsamo que le salva la vida.
- MAG. La vida doctor... ¡Para que quiero yo la vida!
- DOC. No desconfie usted de la Providencia! (Dándole un vaso.) Beba usted; esto le devolverá algo las fuerzas, que nunca, como ahora, necesita usted de ellas (Bebe y deja el vaso.) Gracias. Cuan agradecida le estoy.
- DOC. Voy á renovar la compresa de la herida. (Lo hace.) Y prepárese á escucharme, no sin hacerme antes promesa formal de que conservará usted toda la serenidad para oirme.
- MAG. Se lo prometo. Créame usted que la sensibilidad va desapareciendo en mí, después de tantos sufrimientos. Todo va siéndome ya indiferente.
- DOC. Todo, pero no el asunto que ahora debe ocuparnos.
- MAG. (Con interés.) ¿Se trata de mi hijo?
- DOC. Efectivamente.
- DOC. Oh, diga usted.
- DOC. En primer lugar, ¿conoce usted, á la familia Peral?
- MAG. ¡La familia Peral! ¡Oh! ¡Qué rayo de esperanza!
- (Con emoción.)
- DOC. Le advierto que está faltando á la consigna. Calma, nada de fuertes emociones, porque si fuera una ilusión lo que creemos haber descubierto, el desencanto podría serle á usted fatal. Continúo. Recordará usted que aquella

familia, recogió del arroyo un huérfano que luego desapareció.

MAG. Sí, en el preciso momento, que acababa de hablarme de él mi amiga Sofía.

DOC. Perfectamente.

MAG. Dijéronme, que había desaparecido apoderándose de una cantidad en billetes.

DOC. Estoy obligado á revindicarle: la fatalidad que le persigue, hizo creerlo así, pero luego se ha puesto en claro su inocencia, y las sospechas nacidas acerca la conducta de Félix, sobrino de Ernesto, han tomado tal cuerpo que bastan ellas solas, para hacernos creer que el niño en cuestión, es efectivamente el que tantos afanes nos cuesta.

MAG. Gracias, gracias, justo cielo. Al fin podré abrazar á mi hijo. Donde está .. quiero verle...

DOC. Lo verá usted, pero es preciso que nada diga, hasta tener la plena convicción. de que este niño es realmente su hijo, pues en el estado de postración que ese infeliz se halla, una violenta sacudida podría ponerle en grave peligro.

MAG. ¡Dios mío!

DOC. Si en algo le interesa este pobre huérfano, ni una palabra siquiera que pueda traslucir los lazos que tal vez á él pueden ligarle.

MAG. Moriria antes que pronunciar una palabra.

DOC. Puedo tener la seguridad?

MAG. Completa.

DOC. En este caso, prepárese usted á ver primeramente á una persona amiga, cuya presencia, no sospecha usted en este sitio; á don Justo Peral.

MAG. ¿Aquí, mi buen amigo? No parece sino que el cielo permite reunir en este instante á mis mejores amigos.

ESCENA VII.

Dichos, DON JUSTO y luego ERNESTO.

DOC. (Yendo á la derecha.) Entre usted, amigo mío.

MAG. ¡Don Justo!

- JUST. Magdalena!
- MAG. ¿Pero qué feliz casualidad hace hallarle cerca de mi?
- JUST. Cállese usted, amiga mía. No podemos perder tiempo en explicaciones. Yo prometo luego dárselas cumplidas. Vamos á lo que inieresa.
- DOC. Este niño?...
- JUST. Está aquí.
- DOC. Que entre.
- JUST. Pero...
- MAG. Nada tema usted, el señor doctor, tiene mi promesa de que no diré ni una palabra.
(Vase don Justo.)
- DOC. Es necesario que recuerde usted mi advertencia.
- MAG. Esté usted tranquilo. (¡Que lo sea, Dios mío!)
(Sale don Justo con Ernesto.) (Ah, es él! Es el vivo retrato de su padre; no me cabe duda, sus facciones no mienten)
- DOC. Que tal hijo mio, ¿te encuentras repuesto de tu desmayo?
- MAG. (Bajo al Doctor.) (Todo el mundo puede llamarle hijo, menos yo.)
- DOC. (Silencio, señora.) Se acabaron tus penas, Ernesto.
- MAG. (Con interés.) ¡Oh, si; se acabaron!
- DOC. (Recordándole que calle.) (Señora...)
- MAG. No tema usted, no tema usted.
- ERN. «Se acabaron tus penas» Estas mismas palabras llegaron á mis oídos el día fatal que entré en casa del Tío Rufino, causa de mi completa perdición. «Se acabaron tus penas» y allí principió mi doble martirio.
- JUST. Ernesto, creo que no confundirás aquella gente con ..
- ERN. En manera alguna, don Justo; Dios me libre. ¡Pero estoy tan solo en el mundo!... ¡Soy tan desgraciado!...
- MAG. ¡Infeliz! Cuanto debes haber sufrido!...
- ERN. ¡Mucho, señora, mucho! Los huérfanos que no hemos cóncido á nuestra madre, nos hallamos tan solos en el mundo, que no parece sino que andamos por un desierto sin fin. Debe ser muy bueno tener madre... Yo la he

tenido á medias: la mujer que me recogió y murió en el hospital de Toledo...

MAG. ¡Que dice!

DOC. ¡Silencio!

ERN. Aquella pobre mujer, me queria mucho, mucho... y yo la idolatraba; pues bien, cuando al morir me confesó que no era mi madre, me dejó un vacío en el corazón, que no he podido llenar nunca más. Y digo yo: si aquella mujer que solo representaba el papel de madre, era mi consuelo, ¿que sería para mí la madre verdadera? Sería la felicidad, mi alegría, mi gloria, pues á mi entender, la palabra «Madre,» es la llave para abrir las puertas del cielo!

MAG. (Oh, doctor, doctor, no puedo más) ¡Hijo de mi corazón!

DOC. (Señora ..)

MAG. Sí, sí, comprendo, comprendo.

ERN. ¿Que dice usted?

MAG. No, no: he dicho: ¡hijo de mi corazón! Porque tus sentimientos son los míos .. Por que tus palabras te enaltecen á mis ojos. ¿Permites que te de un abrazo?

ERN. Con mucho gusto, señora. (Se abrazan)

MAG. (Es mi hijo, doctor, es mi hijo, no me cabe la menor duda.)

DOC. No nos precipitemos.

JUST. El coche ya debe estar dispuesto. ¿Vamos?

DOC. Si: en la posada del Manco debe terminar nuestra misión.

MAG. ¿A donde vamos?

DOC. A donde hallaremos la certeza de si Ernesto es hijo suyo. Una hora más, y saldremos de incertidumbres.

MAG. ¿Algunas horas, aun?

DOC. Nada representan, si se comparan con los años que en valde ha esperado usted. En marcha.

(Vanse todos.)

CUADRO ÚLTIMO

LOS SÓTANOS DEL MESON DEL MANCO

Sótanos oscuros y húmedos. Puerta de entrada en el fondo izquierda. En segundo término y á la derecha el brocal de un pozo al cual van á morir los alambres conductores de los para-rayos, que cruzan perpendicularmente la escena. Sillas rotas, esteras y demás trastos inútiles en los rincones.

ESCENA PRIMERA

TIO RUFINO y FELIX, sentados junto á una mesa de la derecha, repasando unos papeles. Un velon alumbrá la escena. Truena continuamente pero sin estorbar el diálogo.

T. RUF. No lo dude usted don Felix, estas son las cuentas exactas, sacadas al céntimo y sin aumento ninguno: sobre ese punto tengo la conciencia limpia como agua corriente

FEL. Como en una charca, dirás mejor.

T. RUF. Por Dios, don Felix, reflexione usted, que estos negocios, son hijos de las circunstancias. Comprenda que mucho tenemos adelantado. Perdióse el chico para nosotros, y después de grandes afanes logramos rescatarlo como usted sabe...

FEL. Sí; pero esto no basta. No es conveniente borrarle así, de un modo violento, del número de los vivos...

T. RUF. No, eso no, de ningún modo, eso no entra en mi programa

FEL. Es preciso que nos atengamos solamente al cumplimiento de la segunda cláusula testamentaria, logrando infamarle. Así podré impunemente apoderarme de la totalidad de la herencia de mi tío Ernesto.

T. RUF. No hay que precipitarse, todo se andará. Tal vez está hecho ya el milagro.

FEL. No comprendo...

T. RUF. Lo del tren...

FEL. ¿Como?

- T. RUF. Aquí aguardo el resultado, y por este motivo le he citado á usted en este sitio; pues cuando venga la luz del nuevo día, habremos ya liquidado nuestras cuentas y estará usted en posesión absoluta de toda la herencia.
- FEL. ¿Con que aquí debemos aguardar?...
- T. RUF. Aquí mismo... y por cierto, carape, que tardan más de lo que yo presumía.
- FEL. ¿Pero no corremos peligro de?...
- T. RUF. El Manco me tiene alquilados estos sótanos que sirven perfectamente de almacén y de sala de sesiones. No hay un concurrente siquiera á la posada, que sospeche la existencia de este escondrijo.
- FEL. Así y todo...
- T. RUF. La casa es muy solitaria y apartada de Madrid, y su proximidad á la carretera Real, hace que no infunda sospechas. El Manco es hombre de mi entera confianza y además, está prevista también una sorpresa. La huida es muy fácil.
- FEL. No lo creo así; por lo contrario, se me antoja este recinto un callejón sin salida.
- T. RUF. (Riendo.) ¡Je, je, je! No permita Dios tanta imprudencia en mí. Este pozo á dónde van á morir los conductores del para-rayos del edificio, tiene en su fondo una galería subterránea que dá al campo, á más de un kilómetro de aquí.
- FEL. De modo que...
- T. RUF. Que no corremos ningún peligro y que... el tiempo vuela, que la lluvia es torrencial, que la tempestad no cesa, y que todo junto empieza á tenerme intranquilo.
- FEL. Sin duda el mal tiempo...
- T. RUF. La noche es de perlas.
- FEL. Y esto dificulta mi vuelta á Madrid.
- T. RUF. No piense usted en ello hasta dejar terminado el negocio.
- FEL. Si así fuese...
- T. RUF. Así será; no le quepa á usted duda.
- (Trueno con furia.)
- FEL. ¡Valiente noche!
- T. RUF. ¡Calle! Alguien se acerca. ¿Es Toñín?

ESCENA II

Dichos y GARZA, por el fondo, con los vestidos completamente mojados.

GAR. No tema usted, maestro, soy yo, Garza.
(Desde dentro.)

T. RUF. (Va á abrir.) ¡Como has salido de casa!

GAR. Escurriéndome por la chimenea y saltando por el *tejaó* á la buardilla de una vecina.

T. RUF. ¿Y por qué has hecho eso?

GAR. Por que . . . por que... Me dá vergüenza decirlo, pero no puedo vivir sin Toñín. Estoy arrepentida de lo de antes y aquí vengo á pedirle perdón. ¿No está aquí Toñín?

T. RUF. Aquí estará dentro de pocos momentos pues le estamos aguardando con viva impaciencia.

GAR. (Empecemos la comedia.) ¡Ay, estoy tiritando!

T. RUF. Ya se vé, vienes hecha una perdición. Los vestidos chorreando.

GAR. ¡Pero usted sabe lo que llueve! Una atrocidad de lluvia. Me pilló la tormenta á mitad del camino y ..

T. RUF. ¡Pobrecilla! Lo que sois las mujeres... Hace dos horas aborrecías á Toñín y ahora...

GAR. Ahora le quiero más que nunca..

T. RUF. Mujeres, mujeres, veletas de campanario.

GAR. (Tiritando.) Por Dios, Tío Rufino ¿no tiene usted lumbre? Estoy tiritando.

T. RUF. Vaya, para que veas lo que te aprecio; toma, abrigate con mi levitón.

GAR. (Ah, eso es lo que yo quería. Si el medallón se halla en alguno de sus bolsillos, estamos salvados.)

T. RUF. Toma, toma, abrigate bien.

(Le echa el leviton encima los hombros.)

GAR. Gracias maestro, gracias. No sabe usted lo que le agradezco y reconozco...

(Reconociendo los bolsillos.)

T. RUF. ¿Reconoces por fin, que eres una loquilla, que

hiciste mal insultando á tu novio Toñín, no es eso?

GAR. Si señor, eso es; lo reconozco todo, todo... hasta el fondo, (y no lo encuentro.) Ahora trato de descubrir un secreto...

T. RUF. Será de Toñín. ¿Cosas de amorios, eh?

GAR. Si, precisamente, de amores. Un secreto que aunque presumo donde está, no encuentro el sitio; lo registro todo, todo y .. Muy escondido debe tenerlo.

T. RUF. Vamos, siempre serás la misma.

GAR. No lo crea usted, voy corrigiéndome. El secreto desespere de hallarlo, pero...

T. RUF. (Que observa sus movimientos.) Pero chiquilla, ¿qué haces que no te estás quieta? Ni que tuvieras azogue en el cuerpo.

GAR. ¡Ah! aquí está!

T. RUF. ¡Como!

GAR. Nada: digo; ah, aquí está, por que lo hallé.

(Halla el medallon y se golpea la frente con el puño, dando doble sentido á la frase de «aquí está.»)

T. RUF. ¿Hallaste la solución de tus amores?

GAR. Ya lo creo que la hallé.

T. RUE. Pues así ya estarás tranquila.

GAR. Mucho: hallé la solución y me la guardo.

(Guarda el medallón en el pecho.)

T. RUF. Total, alguna tontería.

GAR. Tontería; según y conforme.

FEL. ¡Acabareis de hablar en tonto! El tiempo pasa, y..

T. RUF. Y efectivamente tardan más de lo regular. Me intranquilizaria si no fuera el mal tiempo que seguramente los tiene detenidos. (Truenos prolongados.) ¡Que modo de tronar!

GAR. Me dá miedo.

T. RUF. Aquí retumban mucho, pero afortunadamente nos hallamos en sitio seguro. Estamos á cubierto de nuestros enemigos de la tierra y del cielo. (Señalando los para-rayos.)

GAR. (Si pudiera marcharme ahora que tengo en mi poder el medallón...)

FEL. (No sé por que esa chiquilla me infunde sospechas.) Tenemos que hablar sin testigos.

(Bajo al Tio Rufino.)

T. RUF. Comprendo. Mira, Garza, entra por unos momentos en ese departamento; tengo que hablar con el señor.

GAR. (¡Maldito! Y no poderme escapar!)

(Entra en la derecha.)

ESCENA III

Dichos menos GARZA

FEL. No hay que fiarse mucho de esa muchacha.

T. RUF. ¿Porque?

FEL. Me infunde recelos.

T. RUF. No crea usted... ¡Eh! qué ruido es ese?

FEL. Será Toñín?

ESCENA IV

Dichos, TOÑÍN por el pozo.

TOÑ. ¡Maestro!

T. RUF. ¡Eres tú! ¿Que significa esto? Habla.

TOÑ. (Muy fatigado) *Too* está descubierta.

FEL. ¡Como!

T. RUF. ¡Que!

TOÑ. *Too*. Ernesto vuelve á estar en poder de aquellos señores.

FEL. ¡Maldición!

T. RUF. Explicate Si no puede ser ..

TOÑ. Pues es; y lo peor está, en que Garza y Mos taza, nos han *vendido á todos*.

T. RUF. ¡Garza! Pero si está aquí.

TOÑ. ¡Que está aquí! ¡Ah, entonces yo me arreglaré con ella

FEL. Lo ves ahora, viejo imbécil?

T. RUF. Si está loco este chico!

TOÑ. ¡Loco! Maldita sea la... Pruebe usted salir verá si estoy loco. Tenemos la *Posá*, rodeada por la guardia civil; por eso yo he *venio* por el pozo.

FEL. Lo ves, lo ves ahora? Es preciso huir: estamos perdidos.

TOÑ. Tenemos tiempo. Esos malditos esperan nuestra llegada, por que ignoran lo del pozo. Pero esa maldita, esa Garza de todos los demonios, nos ha descubierto.

T. RUF. Espera... Ahora recuerdo... Sí, está en un bolsillo de mi levitón. ¡Somos unos torpes!

FEL. El mayor lo eres tú, es decir lo soy yo, por haberme fiado de un necio.

T. RUF. No quiero ofenderme porque va usted ahora mismo á modificar su opinión. (A Toñín) ¿Vas prevenido?

TOÑ. (Saca la navaja.) Eso siempre.

FEL. (Enseña un revolver.) Es que tampoco me he olvidado yo de... Si intentais...

T. RUF. Nada de eso. Puede usted estar tranquilo, que no va por usted.

TOÑ. Despachemos, aprisa.

T. RUF. ¿Pero que tenemos al fin y al cabo? Que vuelve Ernesto á estar en poder de aquellos señores? ¿Y qué?

FEL. Torpe; es que hallándose al lado de Justo Peral, es seguro el reconocimiento de madre é hijo.

T. RUF. ¿Y como podrá probarse que Ernesto es hijo de su difunto tío de usted y por lo tanto heredero de la mitad de los millones? La prueba la conseryo yo en mi poder. Para este caso la reservaba.

FEL. Dónde está.

T. RUF. Conmigo la he traído. (Se dirije á la puerta donde está Garza y luego retrocede, dirigiéndose á Toñín.) Oye, Toñín, apártate á un lado, que Garza no te vea, voy á llamarla; una vez yo te la entregue, haz con ella lo que quieras, pero ahora es preciso que te reprimas.

TOÑ. Pero que es tanto misterio?

T. RUF. Obedece.

TOÑ. Está bien; pero luego...

T. RUF. Luego, arréglate con ella.

(Toñín, se oculta por la derecha.)

ESCENA V

Dichos y GARZA, á la cual abre el TIO RUFINO

- T. RUF. Ven, hija mía.
GAR. ¡Que se ofrece, maestro!
T. RUF. Dame el abrigo.
GAR. No, me voy á morir de frio.
T. RUF. Te lo devuelvo enseguida
GAR. (¡Dios miol va á descubrir...) No, no.
T. RUF. Suelta, digo. (Se lo arrebat.)
GAR. (¿Qué va á pasar aquí?)
T. RUF. (Buscando por los bolsillos.) ¡Eh! ¡Aquí estaba!
¡Garzal
GAR. ¿Qué?
T. RUF. (Reprimiéndose.) Oye, hija mía, tu me has quitado un medallón que había en un bolsillo.
GAR. No, no; no es verdad.
T. RUF. Vamos; no seas tonta: (Con fingido cariño.) Estoy seguro de lo que digo. No lo niegues, te sería inútil.
FEL. Apoderémonos de él á toda costa.
T. RUF. ¡Garza, vas á morir! (Amenazando á Garza con fiereza. Ella quiere escapar y Toñín le ataja el paso.)
GAR. Socorro!
TOÑ. Ya sabía yo quien eras tu.
GAR. ¡Toñín!
TOÑ. El mismo. Es inutil que intentes huir.
GAR. ¡Socorro! ¡Asesinos!
T. RUF. (Cogiendola por un brazo.) No grites; no grites! Pronto, el medallón!
GAR. (¡Ah, que idea!) Nada me importa lavi da; podeis matarme si quereis, pero obtener el medallón, trabajo ha de costaros. Miradle al pozo! (Lo muestra y finge tirarlo al pozo. Toñín le da una puñalada.)
TOÑ. ¡Toma, maldita!
GAR. ¡Ay! ¡Asesino!
T. RUF. ¡Qué has hecho, Toñín!
TOÑ. Na: una sangría.
FEL. Ahora el medallón es nuestro.
T. RUF. Naturalmente. Mire usted que se ha creido

hacer esta infeliz... En bajando á buscarlo...

FEL. Se oyen pasos en la escalera.

T. RUF. Huiremos por el pozo.

UNA VOZ. (Dentro.) Abrid á la justicia.

FEL. Quiero recobrar la prueba por mi misma mano.

Toñ Recobre usted lo que quiera, pero antes bajo yo.

(Felix queda en el brocal; la puerta del fondo empieza á ceder; la tempestad está en su periodo álgido. Al ir á bajar Felix ayudado por los alambres, un rayo que se supone haber caído en el edificio, recorriendo los hilos, deja á dicho personaje completamente carbonizado)

FEL. Magdalena, nunca tendrás la convicción de que Ernesto es hijo tuyo.

(Cae el rayo: un vivo fulgor ilumina momentaneamente la escena. La puerta del fondo cede)

T. RUF. ¡Maldición!

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, DON JUSTO, DOCTOR, ERNESTO, MAGDALENA, OFICIAL é individuos de la Guardia Civil, Policías y MOSTAZA

OFIC. Adelante. Aquí están los infames.

T. RUF. ¡Estoy perdido!

ERN. ¡El Tío Rufino! ¡Me da miedo su mirada!

OFIC. Apoderaos de ese hombre!

(Los guardias se apoderan de él.)

T. RUF. ¿De mi? Soy un pobre viejo, Ernesto, hijo mío...

JUST. ¡Qué veol Felix carbonizado por el rayo. (Reparando en Garza.) ¡Y aquí yace una mujer!

ERN. ¡Garza! ¡Mi salvadora! ¡Dios mío! ¡Muerta!

DOC. No; respira aún.

MAG. Quiere hablar.

DOC. Un poco de agua.

(Magdalena pone la cabeza de Garza en sus rodillas, dándole á beber un poco de agua. Todos forman un grupo.)

JUST. Dí, perro maldito, ¿donde está el medallón?

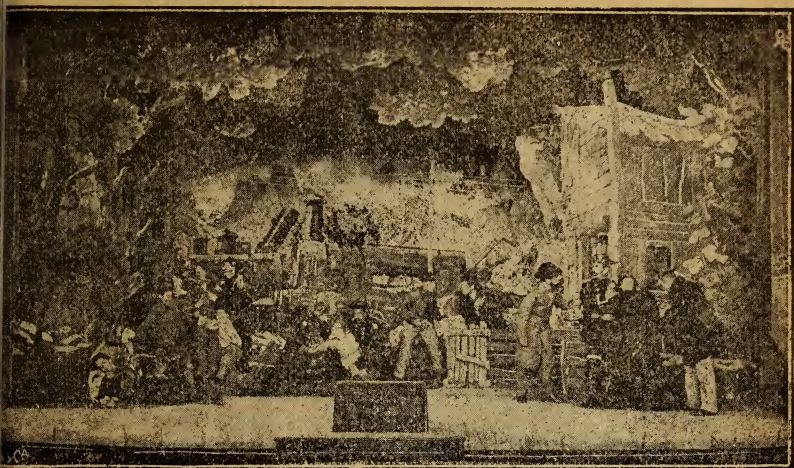
(Al Tío Rufino.)

ERN. Sí; yo se lo entregué.

- T. RUF. Garza se apoderó de él y lo arrojó ai pozo:
D. Félix se disponía á buscarlo cuando cayó
el rayo.
- JUST. El rayo lo habrá fundido.
- MAG. ¡Ah! Se ha perdido la prueba justificante para
mi hijo.
- GAR. (Que vuelve en si.) No, no; el medallón está...
aquí... (Abre la mano y cae el medallón.)
- MAG. ¡Ah! ¡Sí... sí, es el mismo! No hay duda!...
Hijo de mi corazón!
- ERN. ¡Madre mía! (Se abrazan.)
- T. RUF. Esta maldita nos engañó hasta el último mo-
mento.)
- GAR. Creyerón... que... lo... había... arro... ja...
do... al pozo. Conservarlo... me cuesta...
la... vida!... ¡Me... muerol... Per... don... pa...
ra... to... dos... (Muere.)
- DOC. Magdalena, no olvide usted nunca, que ha re-
cobrado su hijo, á costa de la sangre de esta
infeliz.
- MAG. ¡Bendita seal!
- ERN. Garza, Dios te pague en el cielo, todo el bien
que me has hecho en la tierra. (Le da un beso.)

(Cuadro.)

FIN DE LA OBRA



ACTO TERCERO.—CUADRO X



ACTO CUARTO.—CUADRO XII

City 1911-1912

Volume I